



RELATOS FANTÁSTICOS III

FANCINE-UMA

© 2012 Universidad de Málaga.
Primera Edición: Málaga 2012.

Edita: Vicerrectorado de Extensión Universitaria. Universidad de Málaga.

Diseño y maquetación: José M^a Alonso Calero.

RELATOS FANTÁSTICOS III

FANCINE-UMIA



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

40 años
compartiendo
FUTURO



ÍNDICE

<i>Presentación</i>	7
<i>REMAKE</i> de Manuel España Arjona. Premio categoría UMA.....	9
<i>FANTASÍA EN LA RESIDENCIA</i> de Manuel Terrín Benavides Premio categoría GENERAL.....	19
<i>PENNSYLVANIA 1600</i> de Francisco Manuel Calvo González.....	27
<i>PASADO Y FUTURO</i> de Herminia Dionis Piquero.....	35
<i>VESTIDA DE AZUL</i> de Santiago Eximeno Hernampérez.....	43
<i>¡DICHO Y HECHO! UN DESPISTE... SIN RELEVANCIA</i> de Antonio José Fernández Leiva.....	53
<i>HA LLEGADO SU MOMENTO</i> de María Frisa Gracia.....	63
<i>VITAE</i> de José Luis Gotor Trillo.....	73
<i>PEQUEÑOS DIOSES</i> de Jesús Hernández Ruiz.....	81
<i>SUSURROS</i> de José David López Gambero.....	93
<i>UN POCO MÁS ALLÁ</i> de Manuel Outes Martínez.....	103
<i>LAS MADRES DE LA ETERNIDAD</i> de Enrique Pedraza Díaz.....	109
<i>EL CUENTO MÁS IMPORTANTE</i> de Andrés Francisco Rodríguez Blanco.....	119
<i>ÚLTIMA VEZ</i> de Juan Daniel Rodríguez Carrasco.....	127
<i>DESORIENTADOS</i> de David Romero Pacheco.....	137

Los amantes de la literatura de lo insólito y de lo maravilloso que se acerquen a estas páginas, encontrarán en ellas las dieciséis mejores narraciones correspondientes al Tercer Certamen de Relatos Fantásticos de la Universidad de Málaga en 2011, premio integrado en *Fancine*, el Festival de Cine Fantástico con el que nuestra institución promociona el arte cinematográfico. Entre los títulos más atractivos, cabe destacar *Remake*, Premio al Mejor Relato de la categoría Universidad de Málaga, y *Fantasia en la residencia*, Premio al mejor Relato de la categoría General.

Un año más ofrecemos el fruto de nuestra llamada a los miembros de la comunidad universitaria y de la sociedad malagueña para que participen en *Fancine* aportando el bien más preciado: su creatividad. El resultado no defraudará a nadie, pues es tan plural y poliédrico como el mismo ámbito de la fantasía que da fundamento a estas creaciones.

Con esta actividad, el Vicerrectorado de Extensión Universitaria sigue apostando por una de sus líneas rectoras prioritarias: el fomento de la escritura y de su envés, la lectura; y el estímulo necesario para que nuevos talentos abandonen la zona de sombra y muestren públicamente sus destrezas literarias. Con ello mantenemos nuestro compromiso con la difusión de la cultura a través de un objeto fantástico en sí mismo, el libro, *extensión de nuestra memoria y de nuestra imaginación*.

M^a Isabel Calero Secall
Vicerrectora de Extensión Universitaria

REMAKE

Manuel España Arjona

Premio categoría UMA

A Maite y Sebas

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua, y de poseer un aire de misterio indescifrable, nos daba un cierto cobijo tácito a nuestro amor ilícito. La casa albergaba recuerdos que se remontaban a un tiempo acuoso y oscuro difícil ya de atrapar; pero que, sin embargo, eran vomitados de a poco en una mancha de aceite en los gobelinos, en un nuevo trazo que restauraba las grietas de los retratos familiares o en un nuevo párrafo escrito a tinta en los márgenes de los vetustos libros de los anaqueles más altos de la biblioteca.

A pesar de lo espacioso de la casa, Maite y yo nos habituamos con facilidad a nuestros encuentros furtivos, que coincidían, normalmente, con fines de semana y periodos festivos. Los fines de semana eran voraces y febriles y hacíamos el amor en los rincones más inhóspitos de la casa hasta quedar extasiados en el zaguán, entre los utensilios de cocina

o en el jardín de los tréboles que daba a la calle Rodríguez Peña. Francinet, la mucama, se acostumbró enseguida a encontrarnos enlazados en cualquier parte de la casa y cuando tropezaba con nosotros esbozaba una sonrisa nostálgica que quizás le evocara sus amores de juventud y se limitaba a barrer alrededor de nuestros cuerpos desnudos como si fuésemos un mueble más o una alfombra. Los largos periodos festivos transcurrían con más serenidad y ensayábamos una vida matrimonial tranquila y sin sobresaltos. Por las mañanas, Maite preparaba el desayuno mientras silbaba tangos de Gardel para que yo los adivinase. Después nos repartíamos las tareas de la casa, aunque en realidad esto no suponía ningún trabajo extra porque Francinet venía a limpiar los fines de semana y por lo tanto terminábamos bien temprano. Para matar el tiempo hasta la hora del almuerzo, yo me iba a la biblioteca a leer en los márgenes de los libros, mientras que Maite buscaba con minuciosidad entre los cajones de los muebles algún nuevo recuerdo vomitado por la casa. Luego comentábamos en la comida lo que cada uno había logrado encontrar y discutíamos si el hallazgo era realmente novedoso o si simplemente había estado allí y aún no habíamos conseguido apreciarlo.

Mi prima Maite Ubiria era una chica melancólica que gustaba de silbar tangos. Tenía el cuerpo espigado y las caderas de la Venus de Willendorf, y unas manos largas con dedos finos como alambres que rebuscaban entre los canapés y los armarios nuevos ovillos de lana, tricotas o mañanitas

a medio hilvanar. Con Nico, mi hermano, Maite tuvo un amor de costumbres que el tiempo acomodó sin estridencias, algo así como un repetir hastiado de algún fenómeno de la naturaleza: el cauce tranquilo de los riachuelos o el girar de los planetas. Crecieron juntos desde la cuna y descubrieron juntos los juegos y los primeros besos, por eso nadie se inmutó cuando anunciaron su noviazgo, ni siquiera mamá alzó la vista de unas medias negras que tejía cuando Nico le dijo que se casaría con la prima Maite, quizás porque casi todos desde el mismo nacimiento de ambos lo dimos por hecho. Sin embargo, Nico enfermó de tuberculosis y la muerte vino a llevárselo antes de que se celebrase la boda.

Pero es de la casa de lo que me interesa hablar, de la casa y de Maite, porque yo por mí mismo no tengo importancia más que como esqueje de la melancolía silenciosa de Maite y de su consumación amorosa. Tras la muerte de Nico comprendí —no así mi familia— que no podía dejar que Maite se consumiese de a poco en aquel tremendo dolor de cristales rotos que la destrozaba por dentro. Así que me acerqué con un consuelo tierno a lo que quedaba de ella, un consuelo que no tardó en transfigurarse en un cariño delicado y lleno de complicidades que acabó por abrirnos las puertas de la casa los fines de semana y los periodos festivos para resguardarnos de un amor que seguramente hubiesen juzgado de ilícito, y para cobijarnos a su vez en un lugar secreto plagado de recuerdos, inexplicables a nuestros ojos, que brotaban en los cuadros, entre los bibelots o en el fondo de los cajones.

La casa la alquilé por pocos pesos a un traductor argentino que hablaba comiéndose las erres y que por aquel entonces se fue a Italia a traducir, según me dijo, los cuentos de Poe. A Francinet en cambio la contrató Maite cuando el primer día vimos aparecer en el jardín de los tréboles un tigre persiguiendo a unas mancupias que estuvieron gritando toda la noche. Desde entonces Francinet venía los fines de semana a ordenar los vómitos de la casa y a quitar el polvo acumulado en las dependencias. Parece mentira la cantidad de polvo y pelusas que el aire de Buenos Aires puede arrastrar, filtrándolo por las estrechas rendijas de las ventanas y por los goznes de las puertas. A la casa Maite y yo siempre entrábamos por la parte trasera, la que da justamente a la calle Rodríguez Peña. Saltábamos la verja de hierro que daba al jardín de los tréboles, cogíamos la llave que Francinet guardaba bajo una maceta —a veces, cuando estaba Francinet los fines de semana nos dejaba la puerta entornada— y abríamos la puerta trasera. La casa era espaciosa y estaba dividida en dos alas por una maciza puerta de roble que aislaba la parte delantera de la trasera. El comedor, la biblioteca, dos dormitorios, una sala con gobelinos y un baño quedaban en el ala trasera de la casa. Al otro lado, había otro baño, la cocina, dos dormitorios y el living central. La entrada principal tenía un zaguán con mayólica y una puerta cancel que daba al living. Maite y yo siempre nos quedábamos en la parte trasera de la casa y solo íbamos a la parte delantera para cocinar o para buscar recuerdos. Cuando la puerta de roble estaba abierta y uno contemplaba el largo pasillo que comunicaba todas las

estancias de la casa, daba la sensación de estar frente a una larga pista de atletismo casi infinita, pero cuando la puerta de roble estaba cerrada lo que quedaba tenía el encanto de una casita adosada con jardín.

Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Maite estaba revolviendo los muebles de la sala de gobelinos, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita de mate. Salí de la biblioteca con un ejemplar titulado algo así como *La orilla al otro lado o La otra orilla*, y mientras recorría el largo pasillo que conducía a la cocina oí un ruido seco de pasos que provenía del ala delantera. Al principio no le di importancia porque pensé que Maite habría salido de la sala de los gobelinos intuyendo la aparición de algún recuerdo en otro rincón de la casa y estaría deambulando por las estancias del ala delantera. Le di una voz a Maite para preguntarle si quería una tacita de mate y me quedé estupefacto cuando su voz salió de la sala de los gobelinos pidiendo que le trajese también un dulcecito de leche. De repente la puerta de roble dio un tremendo portazo. Me acerqué con rapidez e intenté abrirla; pero fue inútil, la puerta había sido cerrada desde el otro lado.

Me dirigí a la sala donde se encontraba Maite, en cuyas manos sostenía una bufanda de lana burdeos con borlitas blancas, y le dije:

—Francinet nos ha cerrado la puerta de roble sin darse cuenta.

Maite me miró, alzó la bufanda con una sonrisa infantil y me dijo:

—*Mirá, andate y probate* esto que acabo de encontrar debajo de uno de los muebles, seguro que el burdeos te sienta *rebién*.

Los primeros días sin poder entrar al otro lado de la casa transcurrieron con total normalidad. Tan solo echábamos en falta la cocina, sobre todo porque nos encantaba tomar el mate bien caliente, pero pronto nos acostumbramos a comer cosas frías: latitas de sardinas, frutos secos o chocolatinas cadbury, que yo compraba a diario en una tiendita que quedaba a dos cuadras de la casa. Siempre que volvía de la compra, que normalmente hacía por las mañanas, Maite me mostraba ansiosa algún nuevo descubrimiento: un ajolote, un gorrito peruano, un pulóver, un casoar, etc. Los objetos encontrados me vivificaban el ánimo y tras soltar las compras de la tiendita corría a los anaqueles en búsqueda de nuevos fragmentos en los márgenes de los libros, que después recitaba a Maite durante el almuerzo:

—*Mirá, May, esto lo encontré en el margen inferior de la página veintitrés de...* —le di la vuelta al libro para ver el título— *de Historia de cronopios y famas. Escuchá: Los cronopios casi nunca tienen amantes, pero pagan a las tremenditas para apaciguar sus miedos. Las tremenditas sin embargo son amantes de los famas, aunque se pasan la vida anhelando tener una casita y un jardín con las esperanzas. Las tremenditas tararean tangos en las aceras y suelen tener la piel morena del reflejo de la luna,*

los ojos violetas y las manos frías, ya que la brisa se las acaricia al sacarlas a bailar tregua y bailar catala.

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias.

Yo rebuscaba en los anaqueles altos de la biblioteca algún volumen que aún no hubiese revisado, sentía sed y le grité a Maite que me trajese un vaso del zumo de naranja que aquella mañana había comprado en la tiendita. Eran las nueve de la noche y, aunque era tarde, hacía un bochorno terrible que daba lengüetazos a la piel dejándola pegajosa. Maite apareció en la biblioteca con el vaso de zumo y preguntó algo así que cómo iba mi búsqueda. De repente escuchamos unos ruidos al otro lado de la casa. Maite se quedó petrificada justo en el centro de la biblioteca. Al principio no le dimos importancia y se lo atribuimos a algún nuevo vómito de la casa, ya fuese aquello un tigre, un oso de las tuberías o una mancuspia. Lo extraño fue cuando, segundos después, el ruido se hizo más nítido y oímos claramente un crujir de pasos. Yo miré a Maite y le dije que, seguramente, habría llegado Francinet y que por fin podríamos calentar la pavita de mate en la cocina. Maite dejó el vaso de zumo en el suelo y corrió hacia la puerta de roble, yo en cambio me quedé tranquilamente rebuscando en los anaqueles. Entre unos vetustos lomos de piel, encontré un ejemplar apolillado, titulado, si mal no recuerdo, Bestiario. Desde el fondo de la casa, oía a Maite que gritaba el nombre de Francinet una y otra vez y por su insistencia deduje que no había conseguido aún ninguna respuesta. Pensé que la pobre Francinet se estaba quedando sorda y que pronto dejaría

de escuchar cualquier ruido. Abrí el volumen por la mitad y me detuve unos segundos en los márgenes. Maite debería estar aporreando la puerta, porque a la biblioteca llegaba un sonido sordo de tambor quebrado que rebotaba en los lomos de los libros. Pasé algunas páginas de forma aleatoria, miré la solapa y me pareció reconocer al tipo que nos había alquilado la casa. Esboqué una sonrisa. Pensé que el mundo a pesar de albergar 700 millones de habitantes es realmente un pañuelo y que uno puede encontrarse a la misma persona en una favela de Brasil y un tiempito después saludarla en uno de los ascensores del 101 de Taipei. Escuché un tremendo portazo que me hizo levantar la vista de la solapa. Justo después oí unos ruidos de pasos atropellados que se perdían por la puerta cancel. Después hubo unos segundos de silencio. Yo volví la vista al libro y pasé unas cuantas páginas. No sé por qué ni cuál fue el motivo que me impulsó a aquello, pero lo único que recuerdo es que por primera vez leí el libro desde el comienzo y no por los márgenes: «Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua...».

FANTASÍA EN LA RESIDENCIA

Manuel Terrín Benavides

Premio categoría GENERAL

Cuando dijo que se pasaba el reglamento de la residencia por la ventanilla del culo, cuando Nicomedes tal dijo, golpeando las narices de Narciso con dedos morcilleros, sin respeto a los ruegos de la madre celadora, a nadie, a nada, yo comprendí claramente que un hormiguero de seres invisibles, perversos, agitaban la paleta en el caldero.

Por eso estoy aquí, en traje de Eva, con la piel churretosa y los cabellos como panocha en remojo. Seguro que le parece una chaladura de Lola Candelas, seguro, pero se equivoca de parte a parte, sor María. Tendría que conocer mi vida, desde juvenzuela, cuando se me venían todos los niñatos detrás, emburrados —una ha sido, es, guapa, sobrada de tipo— para que comprendiera lo que ahora sus ojos rechazan. O cuando se me aparece en sueños Santa Teresa, mi santa favorita, la que me explica las malas artes del diablo.

Que me gusta jugar con fuego, eso se rumorea, a podrido huele. Puñetera envidia, sor, ahora que estoy en los setenta y cuando no llegaba a los veinte. ¡Ah, si me hubieran conocido entonces estos carcamales, estos robaperas y cantamañanas! A más de uno se le salieran los ojos de las órbitas, a más de uno.

Yo, Marujita Rodríguez, reina de la verbena del barrio, a codazos me alejaba a los fulanos: o luego, de bailarina en la revista, la que más regalos recibía, todos los capitostes con

la baba caída, muertas de envidia todas las compañeras, que por eso tuve que cambiar el escenario por un club nocturno, La Perla Roja, porque hasta la primera vedette me tenía una tiña del infierno.

¡Qué ingenua, sor. Claro que no conoce La Perla Roja, bueno estaría! Narciso y Nicomedes son culpables de que servidora aparezca ahora de esta manera, a ver si me escucha quien tiene que escucharme, a ver si los malos espíritus dejan de tizonear en esta residencia.

Yo me puse esta tarde la minifalda para el baile de San Vicente de Paul porque pensaba, pienso, que estoy en mi derecho, nada de pimpleo, ni una gota de alcohol me había llevado a los labios. ¿Por qué las niñas pueden lucir las pantorras y yo no, respóndame, cuando mi espíritu es nuevo todavía? Mi espíritu y mi cuerpo, que apenas se me nota la carcoma de los años. Míreme las piernas, sor María, sin varices siquiera, sin síntomas de artrosis.

Una flor ornamental, servidora, con la minifalda de cuero negro, jersey rojo, zapatos de medio tacón, bolso en bandolera, collar de perlas, elegido con pupila, con gusto, que hasta parecen auténticas. La naturaleza se ha esmerado conmigo, sor, mal que yo lo diga. Hubiese visto el revuelo, el barbulleo cuando aparece Marujita Rodríguez en la pista, contoneándose al son de un bolero: todas las tías muertas de envidia, todos los moscones sin respiración, encandilados, un bosque de latidos en círculo, engullendo tranquilizantes contra la taquicardia.

— ¡Viva miss residencia!

— De mujer se emborracha uno cuando te mira.

Eso decían, que se emborrachaban mirándome, como si la Candelas fuera un tonel de tintorro. Todos entusiasmados, todos, menos el capellán, se supone. El capellán, la monserga de todas las fiestas:

— ¡Pecado de escándalo, pecado de escándalo!

¿Pecado de escándalo, sor? ¿Marujita Rodríguez pecado de escándalo? Cada cristiano se mire en su propio espejo. El capellán, cuando vienen las tortolitas a saludar a los abuelos, algunas muy ligeras de atuendo, ni el pico abre, embobado se queda, que a mí pocos detalles se me escapan, pero me modernizo yo y ¡plaff!, pecado de escándalo.

Esta residencia, en las afueras de la ciudad, merecida buena fama tiene, bellos jardines, acirates con árboles frondosos, balconadas al campo, una capilla linda, ésta, auténticas santas las monjas, desasnando a tanto viejo garrulo, pero poca gente puede imaginar que los malos espíritus sean también inquilinos autores de zancadillas, murmuraciones, falsos testimonios...

El baile de esta tarde, charanga alrededor de un tocadiscos, nadie me niegue que allí estaban ellos, cizañeros, zarandeando el rabo al compás de la música, sobre un enjambre de culos caídos y cabezas pelonas. Por eso, porque eran horas de diableo, porque intentaban enredar respuntes entre las costuras de mi minifalda, yo les paraba los pies a todos los individuos demasiado cariñosos.

Si todavía gusto a los hombres, si los engancho por los ojos, y sor María, ¿qué culpa tengo?

Ya iba siendo hora de que llegara a la residencia una mujer con gancho, una hembra, hembra. Las otras, cuerpos de botijos rambleños, de caballos abarrillados, son un antídoto contra el amor y la estética.

Piropos de Narciso, desde el día primero, y yo, educada, eso tengo, le agradecía con una sonrisa el galanteo. Solo sonrisas, ni se duda. Bueno estaría que servidora, a estas alturas... La vida es como despertar en un tren rodeados de gilipollas, sor. Alguien lo dijo, no recuerdo quién, y acertado estuvo.

Cuando propuso Nicomedes una partida de julepe, los cinco de todas las tardes —él, la viuda del coronel, Narciso, Juana María y yo—, le respondí que bueno, que vale, cansada ya de bailoteo, de hacer de correturnos mientras otras ni se estrenaban.

Ya en la mesa, las dos compañeras de juego, al tiempo que me miraban la minifalda como quien asquea, vi que se ponían en plan coquetón con los hombres. Viejas hay aquí, aunque extrañe, que parecen ovejas amorcadas. Yo, sor, por si acaso, en cuarentena las pondría.

¿Reparto? —pregunté, complaciente.

— Esos labios —barbulló, chacotero, Nicomedes— no nacieron para ruegos; esos labios exigen, ordenan.

— Bocas hay que parecen de reina —insinuó con sonrisa estúpida Juana María— y son, por lo lamidas, mismamente la orilla de un río.

Eso soltó Juana María, con más veneno en la lengua que las víboras, fulana de la cuarta edad, de la quinta si yo soy de la tercera.

— Vale, tú repartes, Lola Candelas —se interpuso, embriagado con mi nombre artístico, Narciso— Los naipes en tus manos son mariposas y la sota monta al rey.

— No me gustan —intervino Nicomedes— los que chambonean con bazas ajenas, poco hombres me parecen.

Tal dijo Nicomedes con ambages, como si yo le perteneciera. Porque servidora es abierta de genio, porque hemos jugado muchas veces al julepe —nada de parchís, sor, nada de pardilleos— los dos aspiran a Marujita Rodríguez en exclusiva, chulapones frente a los otros, celosos entre ellos. Y será coincidencia, pero nunca me gustaron los hombres calzorras, avacados, como Nicomedes, ni los esqueléticos y pitarrosos como Narciso.

Tú eres el único que juega aquí a triunfo marcado —le respondió Narciso al contrario, con denuedo, con energía, muy estirado el cuello de alimoche— Terminemos este negocio de ahora para siempre... Lolita tiene el último embite.

Yo, como a mi parecer la cosa iba de broma, dije entonces:

— La fruta se la come el más fuerte, el que gatea más rápido por el tronco del árbol.

Y se trabaron, sor, como jabalíes arruaban, revueltos los nervios, encendidas las pupilas, al ataque, a la defensa. ¡Ay, madre qué tangana! Nicomedes, resbalados los fondillos de los pantalones, fuerzas sacaba de flaqueza, dando empellones con la barriga; el otro, puro esqueleto vivo, hasta mordiscos repartía, furioso gato pisado.

Primero habían sido palabras, pero luego vino el zarandeo de las manos, sonando como tabletas. Al suelo vinieron naipes, vasos, sillas, confusión alborotada. Alguien detuvo entonces el tocadiscos. Juana María y la viuda del coronel, chillonas como zabarceras, de la mesa de juego se alejaron, talones en estampida, culpándome, mal rayo las parta, de la zalagarda que los fulanos habían montado.

— Toma, marica, caraculo.

— Marica tú, menopáusico, tonto l'haba.

Como lo cuento: insultos, golpes, muy azarados; hasta que vino la madre celadora, también algunos de los que andaban de bailoteo, y los dos potrancos besaron el polvo del picadero.

Al principio sonreía yo, nostalgia de muchacha lejana, de gallos enamorados que se disputaban a golpes su compañía, pero luego, cuando la madre celadora pedía paz, respeto a las normas establecidas y Nicomedes dijo en voz alta que se pasaba el reglamento de la residencia por la ventanilla del culo, un escalofrío grande me vino cuerpo arriba, engrifado el cabello. Nada de bromas ni de reyertas de tres al cuarto. Los malos espíritus, repugnantes alimañas, se habían hecho dueños de la situación.

No haga chiribitas con los ojos, sor, mal le sientan. Los malos espíritus acechan a todas las personas, desde que nacen, pero prefieren a los viejos, los que están más cerca de pasar por taquilla.

Yo, de tonta, nada, ni un pelo, al bulto me vine rápida. Todo lo aprovechan, todo, para hacer presa; a nuestro lado gorgotean por los alrededores de la residencia, en el aire, que he visto moverse las hojas de los árboles sin que sople el viento, debajo de los muebles, aquí, dentro de la capilla, al pie de las imágenes, detrás del confesionario, en todas partes.

Ellos andaban un poco agarbados, que los hábitos de las monjas los acobardan, pero vino Lola Candelas al baile, mucho más guapa que las otras viejas, encendiendo delirios con la minifalda y ellos, perversos, de ese lance se han valido para enganchar al toro por los cuernos.

No son fantasías, ojalá lo fueran; testimonio doy delante del altar de esta capilla. Andaba yo inquieta, junto a los camorristas, calma, calma, con los ojos cerrados para no retener escenas violentas, ridículas, y de pronto, cuando Nicomedes dijo lo que dijo, los abrí, como si me los abrieran, como si los dedos de Santa Teresa tiraran de mis párpados, y los que estaban trabados no eran Nicomedes ni Narciso, sino dos demonios feísimos, con cuernos, con tridentes, con un rabo repugnante, muy largo, cubiertos de fuego los hocicos.

¿Comprende el origen, el fondo de la tragedia?
¿Adivina ya por qué me ha sorprendido de esta manera?

Corriendo vine para la capilla, con el corazón en la boca, aterrorizada, ale, ropas fuera, todas, a la porra el tinte, el maquillaje, mea culpa, mea culpa, y me eché a manotazos sobre el cabello, sobre el rostro, sobre el cuerpo entero, toda el agua bendita que había en la pila.

PENNSYLVANIA 1600

Francisco Manuel Calvo González

Todos conocíamos sus excentricidades. La prensa había difundido cada uno de sus caprichos durante la lucha presidencial, solicitando elevadas cantidades de botellas de agua por todos y cada uno de los estados en que su marido daba un mitin electoral.

Tampoco nos llamó la atención cuando requirió la aprobación del Comité para la Preservación de la Casa Blanca, para hacer una completa reestructuración de ella. Fuentes, peceras y jacuzzis imponentes adornaban todas las habitaciones presidenciales.

Esta predilección por el agua no era nueva, de hecho, le hizo ganar todos los campeonatos amateur y universitarios en los que compitió. Pulverizó récords que aún continúan vigentes, y ha sido el único caso en la historia de la natación femenina, en la que se colgó todas las medallas en juego dentro de unos juegos universitarios. Era frecuente verla encima del podio con la cabeza erguida y cantando el himno nacional, mientras su imagen se mezclaba en la pantalla con las barras y estrellas de la bandera agitada por el viento, inclinando su cuerpo para recibir la medalla correspondiente.

Tras ganar uno de esos campeonatos universitarios, fue retada por el equipo masculino de esa misma universidad. No solo ganó, sino que fue tal su superioridad, que antes de llegar a la meta se sumergió en el agua para

aparecer junto a sus contrincantes, a los que guiñó un ojo para —brazada tras brazada— ir despegándose de ellos para alcanzar la meta en solitario. Allí quedó prendado de ella el gobernador de la ciudad, espectador de lujo, que percibió en su atrevimiento y arrogancia, una belleza que tapaba la deformación física de su rostro (ya que nació con una diminuta nariz) que le hacía parecer más atractiva. Se personó en el vestuario y, tras una cálida felicitación, la invitó a su mesa esa noche dentro de la cena benéfica que se había organizado alrededor de dicho evento.

En la cena quedó cautivado. Todos los comensales hacían cuantiosos donativos arengados por esta deportista que (por sus facciones y don de palabra) se había ganado el beneplácito y el cariño de asociaciones de todo tipo, a los que se había metido en el bolsillo cuando explicó (en los dos minutos que le ofrecieron el micrófono) la incógnita de su pasado tras su paso por el orfanato “Greenwich”, del que salió ileso tras el incendio que lo redujo a cenizas por un accidente aún sin esclarecer. Todo lo conseguía de manera informal y casi sin esfuerzo, sin parar de sonreír mientras ingería —uno tras otro—, zumos de frutas y sorbetes que engullía casi con violencia ante la mirada atónita y fascinada del gobernador.

Este fervor popular lo puso de manifiesto en la campaña electoral al lado de su ya marido, y todos esos afectos se tradujeron en muchos votos que le ayudaron a acceder a la Casa Blanca. Una vez allí, era constantemente objeto de las portadas de la prensa, no solo por su filantropía sino también por su elevada prole, diecinueve hijos o, mejor dicho, hijas, porque todas eran féminas que habían heredado la característica y diminuta nariz de su madre, así como su pasión por la natación.

Al nuevo inquilino de la Casa Blanca no le supuso un problema esta facilidad creadora de la Primera Dama, ubicar a sus vástagos no era tarea fácil, pero la mayoría estaban estudiando en el extranjero, en ciudades costeras, y en sus visitas a la Casa

Blanca no coincidían más de cuatro de ellas a la vez. Pasaban casi todo el tiempo con su madre, y en sus despedidas siempre había un posado obligatorio junto a la entrada principal.

Algunas se habían emparentado con personas de la realeza, de los otros cuatro continentes, y resultaba tan curioso como atípico escuchar “papá” en lugar de “Sr. Presidente” en las reuniones de Estado. Del mismo modo, se enlazaban las conversaciones de economía, conflictos sociales y planificaciones varias, con preguntas directas sobre el estado de salud de sus hijas, nietas precoces de un Presidente no excesivamente mayor en cuanto a edad. Seguían naciendo solo mujeres, pero ocurrió lo ya inesperado. Su hija mayor, tras su primer parto múltiple con gemelas, iba a ser madre de un varón por fin. La noticia corrió como la pólvora, y la prensa hizo eco de la misma por ser un evento importante dentro de la familia más numerosa y querida por el público.

El nacimiento supuso una reunión más de Estado, la familia al completo se reuniría por primera vez en la Casa Blanca, dentro de la más estricta intimidad (dentro de lo posible lógicamente cuando se trata de una congregación tan numerosa de altos cargos como era el caso), esperando la llegada del vástago acompañado por su madre y por su abuela procedentes del hospital más importante de la ciudad de Washington.

Una cantidad ingente de policías custodiaban los alrededores de la Casa Blanca, con un perímetro de seguridad que alejaba a la multitud de curiosos y periodistas que esperaban apostados en la entrada. El sonido estruendoso de la sirena de las motos que acompañaban al coche presidencial abrían paso por las calles principales hasta su entrada a la Casa Blanca.

Bajaron del coche y, la Primera Dama, con su nieto en los brazos envuelto en una manta, saludaba a la multitud mientras los flashes se disparaban. El abuelo Presidente salió

a su encuentro y, tras un tierno beso al bebé, se dirigieron al interior de la Casa Blanca permaneciendo la muchedumbre en el exterior con la promesa de ver una nueva imagen del pequeño. El Presidente, nada más entrar, levantó entre sus brazos al recién llegado, y una atronadora ovación salió del aplauso exagerado de toda la familia. La Primera Dama, de nuevo, solicitó a su marido que se lo entregara y así hizo. Agarró a la criatura y marchó hacia la Sala de Mapas seguida por sus hijas y nietas.

Allí, en la Sala de Mapas, las mujeres de la familia se unieron por las manos dibujando un inmenso corro al que se unió su madre tras colocar al hijo pequeño en el centro del círculo familiar. Comenzaron a cantar mientras giraban en torno al niño, en un lenguaje desconocido. Después de dar cinco vueltas, el grupo se detuvo. Se hizo el silencio. La abuela pronunció unas palabras en ese lenguaje inédito y se iluminó la manta sobre la que permanecía el bebé.

La pequeña figura comenzó a aumentar su tamaño, y su cuello se cuarteó dejando entrever una especie de escama que iba abriendo y cerrando al compás del latido de su corazón. De su cabeza emergió una pequeña cresta roja y sus ojos se transformaron en dos puntos negros del tamaño de un botón. La boca se diluía hasta dejar al aire un pico puntiagudo de un color oscuro, lleno de dientes pequeños ordenados como en una sierra, y la lengua se convirtió en una larga y fina especie de correa que enrollaba y desenrollaba a su antojo. La piel humana se difuminó.

De repente, fijando su nueva mirada sobre su abuela, soltó un enorme gruñido que rompió la lámpara que colgaba de la habitación. Se hizo de noche en la habitación, con la única luz que emanaba la pequeña manta y fue entonces cuando la Primera Dama repitió el mismo sonido y, al unísono, tanto ella como las hijas se transformaron en unos seres como el descrito, con la diferencia del color de las crestas que, en sus casos, eran verdes.

Salieron todos de la habitación, matando a mordiscos a cuantos encontraban a su paso. Daban saltos enormes, apoyados en sus poderosas nuevas piernas. Los brazos se habían estirado, llegando a tocar el suelo cada vez que flexionaban las patas para saltar, y los dedos se habían reducido a dos largos y puntiagudos, que clavaban en sus víctimas para inmovilizarlas mientras hundían sus picos en las sienas de sus sorprendidos perseguidores.

La Primera Dama se dirigió al Presidente que, sin dar crédito a lo que veía, no movía un músculo mirando fijamente a la criatura en que se había convertido su esposa. El cruce de miradas duró diez segundos, los suficientes como para que el nuevo vástago clavase su pico en la sien presidencial y este cayese lentamente ante la mirada de su cónyuge. La sangre salía a borbotones y la Primera Dama gruñó con tal fuerza que se escuchó en las afueras de la Casa Blanca, haciendo el silencio entre la multitud que continuaba en los alrededores de la misma. Se abrió la puerta principal y comenzaron a salir los engendros abalanzándose sobre la muchedumbre y destrozando todo a su paso.

Las imágenes estaban siendo retransmitidas en directo para muchos países. Lo que se intuía como una placentera y alegre noticia se transformó en una pesadilla, y la policía no sabía qué hacer, se encontraba en medio del caos puesto que no sabían si repeler el ataque de aquellos engendros o disolver al público congregado para mitigar los daños. Las balas no hacían efecto en la áspera piel de aquellos extraños reptiles, y la gente corría desfavorida chocando entre ellos y creando el desconcierto.

Después de dos horas de retransmisión, las imágenes que se veían por televisión e internet eran desoladoras. Eran fotos fijas ya que las cámaras estaban apoyadas en el suelo en diversas posturas, solo se podía observar a la gente apilada sobre manchas de color rojizo y el vacío en otras calles. El silencio era la nota predominante, roto alguna que otra vez por un gruñido que ponía los vellos de punta.

Mientras, en otros países, se repetía la situación con la incursión de monstruos con las mismas características, esta vez sin la proyección mediática de Estados Unidos, que se iniciaba en su círculo familiar para trasladarse al resto de su entorno físico. Las calles se tiñen de sangre, cunde el pánico en diversas ciudades y el ataque es feroz, aniquilando a todos los humanos que se cruzan en su camino.

A través de estas líneas quiero pedirle perdón al mundo, soy ya una anciana, antigua directora del orfanato Greenwich, y maldigo los días en que firmé tantos documentos de acogida, entregando aquellas niñas a familias de todo el mundo. Cuando llegó ella comprendí el error, pero fallé al provocar el incendio ya que solo destruí las instalaciones (y con ella toda la documentación) y no a ella como era mi intención.

PASADO Y FUTURO

Herminia Dionis Piquero

Amanecí fría del lado izquierdo. Él se había ido muy temprano a trabajar, dejándome a solas con un hueco insensible, arrugado y aterido, con el que no acabo de amoldarme.

En alguna parte dejó un beso para mí pero como no me despertó, debí aplastarlo con mis vueltas a peso porque no lo vi al levantarme y eso que busqué bien entre las sábanas. Luego, cuando las aventé, seguro que rodó debajo de la cama y allí se consumió para el resto de la jornada.

Estas son las cosas que pasan cuando no se dejan las prendas de amor en su sitio... ¡Qué derroche para las pelusas de los somieres!

Pues así, con el deseo huérfano y destemplada de consuelo, empecé la mañana.

Un sábado deliciosamente lento, sin premuras ni obligaciones; un día de fiesta judío, como mi apellido, aunque esa es una historia algo confusa.

Solo diré que, de hecho, es portugués. Me determina ni más ni menos que el nombre de un rey de Portugal, erudito en su época y que casó con una infanta aragonesa santa en el mismo periodo.

Quizás la sabiduría del monarca, entre otras habilidades, vino por su facilidad de intimar con damas y plebeyas de la Corona. Y la beatitud de su consorte, por la paciencia que gastó en comprender esas fusiones multiculturales del esposo.

Lo cierto es que en Aragón aparecimos por generación espontánea un piquete de descendientes reales sin ninguna dote que reclamar, por lo que volvimos a nuestros puestos de trabajo.

Hay más teorías, que el apellido tiene su envidia, sobre el origen del nombre en la región.

Se remontan a los tiempos en los que una serie de personas huían de la leña verde, que arde despacio pero quema lo mismo. Por lo que cruzaron las fronteras de la Península en no pocas ocasiones.

Cuando sosegaban el resuello creyéndose en puerto seguro, llegaba un nuevo decreto, proclama, bando o edicto que les condenaba a la fuga o a la hoguera; ¡y otra vez a correr!

Hartos de tanta diáspora y fuego, un buen número de estas gentes decidió afeitarse su misticismo y maquillar el espíritu. El asunto era acabar con las estampidas y las llamas.

La muda les fraternizó en una rigurosa y al tiempo delicada red de judíos conversos. En la que lo más importante (de ello dependía el pellejo con las carnes que lo inflan), era demostrar lo fuerte que abrazaban la nueva fe. Tanto, que casi la asfixian con ese querer vehemente, pero es lógico y comprensible porque faltaba experiencia en la recién estrenada doctrina. Nos habría pasado a todos.

Empero esta hermandad no se libró de pleitos y cuitas, pues siguieron practicando los oficios que les habían hecho tan peligrosamente célebres. Préstamo y usura combinan malamente con la religión, sobre todo si el que debe es un cristiano viejo; es como mezclar negocios y placer, tiene un encuadre muy difícil.

Aún así resistieron al paso de los años. Mi abuelo paterno se llamaba Zacarías.

Era pastor en su pueblo pero porque tenía más hermanos que se dedicaban a la “banca”. Y como el negocio, si son muchos ya no lo es, al pequeño le derivaron a esta profesión donde medrar no era fácil, y más si no

se realiza una inversión, denegada de antemano, por los interventores de la sucursal.

Casó con mi abuela, también corredora de fondo en su linaje. Repitiéndose la escena con los varones de la familia. No, no fue a pastorear, pero tampoco vio los dividendos que se repartieron los mayores.

Trabajó duramente porque enviudó a una edad tan temprana que tendrían que prohibirlo por perverso. Hasta la muerte le fue rígida, intranquila y amarga. Solo anduvo sobrada de una cosa: coraje, y menos mal, porque si no no hubieran salido adelante ni ella ni sus hijos de ojos grandes y verdes, entre los que se encuentra mi padre.

He de añadir, para atar más cabos sobre mi estirpe, que la parte devota oficial estaba bien cubierta. De cada facción surgieron un sinfín de curas y monjas; unas prosperaron más que otros, pues sé que han existido abadesas de cierto alcance. Aunque es un tema del que no se hablaba demasiado. Por lejano y por triste y porque en casa ni siquiera hemos tenido un rosario que echarnos a las manos.

Mi antigua casa..., nació en ella. La cuarta, la última, y vine al mundo en el mismo lecho de cabezal de níquel en donde me engendraron.

Mi hogar era un edificio antiguo cargado de hombros de una solera que se había ganado en mil batallas. Un millar de veces repasé sus orificios con los dedos y los metí hasta el fondo de su fachada.

Esta era un mapa del sitio francés a la ciudad. Por todas partes había bajorrelieves provocados por los disparos de cañones, fusiles y no sé cuántos proyectiles más. Heroica y altanera resistió erguida, pese a las cornisas chamuscadas y a que media villa fuera un escombros de cadáveres y piedras.

Solo otra invasión pudo con su estructura: la del tiempo, que se le llenaron las viguetas de reuma y lo único que quedó recto fue el hueco de la escalera.

Afortunadamente, de mis primeros años no tengo ninguna fotografía. Las cámaras de retratar, como se las llamaba entonces, eran carísimas.

Aparezco más tarde, encima tapándome media cara porque me había entrado una brizna en el ojo. Era el día de la Comunión de mi hermana, en el que hizo una ventolera que casi arrasa el barrio y toda la familia quedó inmortalizada con los pelos en alto.

Voy pasando las páginas del álbum y compruebo que las coletas ya son más largas que los lazos. Así hasta que cumplí ocho años, entonces las tijeras no conocieron el descanso. Por cómodo, por práctico o porque era un chicozco, me pasé media pubertad con las orejas desabrochadas.

Las fotos ya son en color, como la vida, que se va llenando de matices. Aunque yo, por aquella época, era muy rotunda: sí o no, blanco o negro, noche o día... ¡Mal de jóvenes!

Como a los que estaban antes y como a los que vendrán después, se me pasó. Se me pasó con las bofetadas, también rotundas, que da la experiencia. A unos les da más fuerte que a otros, no me quejo.

Cojo otro libro y me descubro completamente formada. En excursiones de un día, en viajes de una semana... ¡Un vano de siete páginas! Una por cada año que estuve casada. Hice trampa, las quité hace una eternidad alegando que eran malas. Preferí olvidar las imágenes y quedarme con las palabras. Las que dije, las que me dijeron y las que nunca salieron de las gargantas.

Un clasificador más; en estas llevo el cabello suelto y siempre me fotografían con la boca abierta. Decidí no volver a callar. Creo que así me irá mejor; bueno, es una idea, no tengo por qué tener razón. En general la vida ha sido muy gentil conmigo.

Me acerco al presente; situándome con facilidad en los lugares y en los meses en que se hicieron. Para concluir, estas

Navidades, ¡qué dulces son! Sobre todo porque las sillas están completas. Sería fantástico si esto me durara siempre.

Con ese pensamiento tan feliz como ilusorio me disponía a cerrar las tapas, sin embargo, ¿qué es esto?, ¿todavía más páginas? ¿Qué fotos son estas que no las tengo archivadas? Y qué paisajes más raros, no los reconozco.

En una estoy delante de un faro viejo y en otra, tomando el sol en una playa nueva. Me miro con atención y descubro una flamante cicatriz que se destapa por encima del bikini, justo debajo del vientre. Instintivamente me palpo y lo tengo todo, aunque con la cantidad de problemas que me está dando este útero nunca descarté la intervención pero, ¿tan pronto?

Luego, subida a una cruz celta y en la siguiente estampa, entre los restos de un castillo que parece escocés.

En todas serena, dichosa, aunque la melena se va acortando y volviendo más gris... No entiendo nada y me estoy poniendo muy nerviosa.

He de mirar más, estoy sentada en mi butaca favorita pero las cortinas son distintas. Me tranquilizo en la siguiente imagen, Brisca, mi perra, está apoyada en mis piernas. También ella ha blanqueado. A las dos nos brillan más los ojos, el secreto es que se han hundido en las cuencas.

Arrugas profundas de reír y discretas de pensar se han apoderado de mi rostro. Han tomado una instantánea mientras leía un libro. No veo el título ni el autor, me he quedado prendada de las pecas gigantes que me salpican el dorso de las manos. Brisca ya no está y no me cuesta comprenderlo. Otra de su misma raza ocupa su lugar sin apartarla de mi corazón, hay sitio de sobra.

Es mucho más ágil y ligera que mis botas, por eso soy yo la que ahora la sigo mientras camino por una cuesta suave.

Última panorámica, casi me acongoja fisgarla. Vuelvo a exhibirme, centrada y cómoda. Detrás, un cielo sin

límites, sin formas; los pies solo rozan el suelo porque he empuñado y me cuelgan infantiles del asiento.

Coloco las láminas dentro del álbum en el mismo orden en que aparecieron. Lo reabro y ya no están. Me dirijo hacia la ventana para respirar un poco de aire fresco, me siento cansada, un poco aturdida, pero sin miedo.

¡Es noche cerrada! Ha pasado un día en un suspiro, desde que perdí mi beso de la mañana. Él ya no tardará en volver para darme en mano. Haré una excepción y esta vez me callaré. ¡Quién podría creerlo!

Miro a mi alrededor y nada me asusta ya. La calma bulle inundándome de una paz que espero sea contagiosa.

La respuesta es sencilla: en todos los grabados, a pesar del tiempo transcurrido, llevaba el mismo anillo y sonreía amorosa y descaradamente al fotógrafo.

Será por eso por lo que me viene a la cabeza la frase que tatuaban en piedra, siglos atrás, recordando a sus muertos: “Que la tierra te sea leve”.

El aire, para mí, ya lo es.

VESTIDA DE AZUL

Santiago Eximeno Hernampérez

*La saqué a paseo se me constipó
la tengo en la cama con mucho dolor.*

Canción tradicional

Descubrí la fecha de caducidad cuando la niña le quitó los zapatos a Anita y me la mostró. Alguien, presumiblemente el fabricante, había garabateado unos números en el talón. Tuve que sostener la muñeca boca abajo durante un par de minutos para poder leerlos. Veinticuatro de noviembre de dos mil once.

Ayer.

Lo cierto es que cuando vi la cifra no la asocié con una fecha, y menos aún deduje que esa fecha tenía relación con la vida de Anita. Fue mi hija la que me lo explicó con todo detalle. La muñeca se lo había dicho. Ella le había hablado de su muerte.

La había comprado en un mercadillo, en uno de esos puestos perdidos entre hileras irregulares de vendedores de fruta y fabricantes de quesos. El puesto lo atendía un hombre que solo podría calificar como vetusto. Se había mostrado muy solícito cuando le pregunté por los cachivaches que engalanaban su tienda. Había un poco de todo, desde armónicas con barrocos grabados en su superficie hasta espadas de madera pintadas de colores chillones. Un paraíso

para un amante de los juguetes antiguos, para los niños encerrados en el cuerpo de adultos. Piezas exquisitas y recuerdos maltrechos pugnaban por llamar mi atención en el maremagno que confluía sobre la mesa. Sostuve entre los dedos media docena de cromos descoloridos. Descubrí trenes de madera sin ruedas, barajas de cartas incompletas, coches metálicos que habían perdido el brillo. Y las muñecas. Una decena de ellas, repartidas de cualquier manera por la tienda. Sentadas, tumbadas, dobladas sobre sí mismas.

— ¿Las fabrica usted? —recuerdo que le pregunté.

Tenían todo el aspecto de ser piezas únicas, fabricadas a mano con cariño, mimando todos los detalles. Quizá por eso resultaba más sorprendente el descuido con el que se ofrecían sobre la mesa.

— No, no, yo solo las adopto —dijo, y rompió a reír.

Era un anciano muy agradable. Hablamos unos minutos de nimiedades y compartimos un trago de vino de una botella polvorienta que guardaba bajo la tela del puesto. Sirvió dos vasos y continuó hablándome de su vida como vendedor, siempre de un lado para otro, estancias efímeras en pueblos en fiestas, siguiendo el camino que había iniciado su padre, su abuelo, el padre de su abuelo. Su cháchara parecía no tener fin, como uno de esos muñecos que no cesan de hablar mientras les dura la cuerda. Me vendió una de las muñecas, una rechoncha, de pelo negro y ojos saltones, con un vestido antiguo, de color azul celeste, lleno de encajes y con mucho vuelo. Hasta tenía unos zapatos negros de charol y ropa interior a juego. Sabía que a la niña le encantaría. Me la entregó en una caja de cartón que ató con un lazo azul. En la tapa escribió “Natalia” con diminutas letras mayúsculas.

— Casi acierta, mi hija se llama Silvia —le dije.

— Es el nombre de la muñeca —respondió él—. Aunque no creo que se enfade demasiado si su hija decide llamarla de otra forma.

No lo hizo.

Mi hija decidió llamarla Anita. Cuando le entregué la caja vi ese brillo en sus ojos que tanto adoraba. La emoción contenida, la anticipación que precede al descubrimiento de la sorpresa. Sostuvo la muñeca entre sus manos mientras abría la boca y la cerraba sin pronunciar palabra. Sonreía, cómo sonreía. Mi mujer, práctica en estos casos, le pidió que me diera las gracias y, de regalo, un beso. Silvia estaba tan alegre que incluso me abrazó con fuerza y me llamó papá. Supongo que son esas cosas las que hacen que se les salten las lágrimas a los nuevos padres, a los hombres que se casan con mujeres que han tenido hijos con sus parejas anteriores.

Durante la primera semana Anita iba con Silvia a todas partes. Al colegio, al parque, al cuarto de baño. Cuando tienes hijos pequeños te acostumbras a esas cosas. Sabes que antes o después esa pasión desaparecerá, así que disfrutas al máximo el tiempo que dura. Al cabo de una semana Anita quedó relegada a la cabecera de la cama junto a una pequeña multitud de variados acompañantes, desde el típico oso de peluche rosa hasta un pulpo repleto de tentáculos sonrosados. Lo cierto es que cada noche, antes de acostarse, oíamos a Silvia hablar con sus muñecos, pero con la llegada de Anita las charlas se intensificaron.

Algunas noches incluso podíamos oírla conversando con Anita a altas horas de la madrugada. Una de las veces mi mujer se levantó a reprenderla, ya que si la niña no descansaba lo suficiente se levantaba enfadada y dispuesta a buscar bronca. Tras obligarla a cerrar los ojos y dormir, mi mujer volvió a la cama y me desveló. Estaba sobresaltada.

— No me gusta Natalia —me dijo.

Medio dormido como estaba, le pregunté quién era Natalia.

— La muñeca, así se llama, ella me lo dijo.

Después se acostó y se quedó dormida. Yo me quedé tumbado en la cama, despierto, temeroso de que mi hija

entrara en el cuarto de la mano de la muñeca. Que esa pequeña criatura arrastrara hasta allí a mi hija y la obligara a hacernos algo horrible. Supongo que podría achacarlo a los miedos nocturnos, al insomnio, pero lo cierto es que tuve miedo de aquella muñeca. De Anita, no de Natalia. Yo no le había dicho a nadie que se llamaba así, y estaba seguro de que ninguna de las dos se había fijado en el nombre garabateado en la caja.

Tardé horas en dormirme, y a la mañana siguiente le pregunté a Silvia por la muñeca. Me dijo que hablaban mucho, que le encantaba estar con ella. Que ella prefería pasar el día en la cama, junto a los otros muñecos, y después hablar con ella por las noches. Mientras me lo contaba y se tomaba el desayuno examiné sus ojeras, su cuerpo delgado. Me asusté. Quise decirle algo, pero entonces ella me interrumpió.

— No te preocupes, papá. Pronto se marchará. Por eso quiere hablar tanto, porque sabe que nos dejará en unos pocos días. Está escrito.

Cuando mi mujer la llevó al colegio subí al cuarto de mi hija, a ver a Anita. A Natalia. La muñeca descansaba sobre la almohada. El resto de peluches yacían apiñados a un lado, como si la muñeca los hubiera apartado de ella. La sensación al verlos allí, aplastados contra la pared, era desagradable. Me acerqué al cabecero de la cama y tomé a Anita entre las manos. Estuve tentado de dejarla caer en ese mismo instante, pero me contuve. Estaba caliente. Latía entre mis manos como si su cuerpo, su ropa, despidieran vida.

— ¿Qué eres? —dije.

Ella no respondió.

Me sentí como un estúpido. Hablando con muñecas que pretendían no serlo. La dejé sobre la colcha, tumbada, y salí del dormitorio. Fui al cuarto de baño y me lavé las manos. Noté que me temblaban. El poder de la sugestión.

Me lavé la cara, me sequé en la toalla. Ya era mi hora de ir a trabajar. Antes de marcharme me asomé al dormitorio de mi hija.

La muñeca estaba sentada en la almohada.

Mirándome.

Lo que Silvia nos había anticipado ocurrió un par de días después. Ella la mantuvo escondida todo el día, empapada en colonia de princesas, pero no fue suficiente. Anita había muerto. Teníamos que hacer lo correcto.

Yo, por supuesto, nunca lo hubiera creído. Todo era un absurdo. Un absurdo en forma de cuerpo medio corrupto, que apestaba a muerte, que se descomponía entre mis dedos mientras lo sostenía. El cuerpo de una muñeca muerta, si aquello podía tener un sentido. Y mi hija apremiándome, pidiéndome que la enterrara.

— Hazlo, papá, entierra a Anita, por favor —me dijo.

Y yo lo hice. Cargué con la muñeca desmoronada entre mis brazos y la llevé al jardín. Mi hija me acompañó en todo momento. Para ella, que había perdido a su abuela recientemente y apenas había sido consciente de ese hecho, el entierro de la muñeca, de Anita, fue un acto solemne, un ritual lleno de significado que no quedó enturbiado por el pánico que pugnaba por dibujarse en mi rostro, por la expresión de repulsión que contorsionaba mi cara.

Mientras yo cavaba el hoyo mi hija solo tuvo ojos para Anita. La muñeca yacía a sus pies, inerte. Como cualquier otra muñeca. Eran sus evidentes signos de putrefacción los que me confirmaban que aquella cosa alguna vez había estado viva, había compartido lecho con mi hija, había recibido sus besos y sus abrazos. Que aquella criatura malsana metamorfoseada en juguete infantil había pervertido nuestro hogar de forma permanente.

Cubrimos su cuerpo con celeridad. Después mi hija quiso rezar una plegaria, yo no pude acompañarla. Corrí al

interior de la casa y vomité en el cuarto de baño. Cuando mi mujer volvió de la visita a la casa de su hermana mi hija le contó todo lo que habíamos hecho. Omitió los detalles que yo no quería compartir, que no quería explicar. Lo agradecí. Convinimos en que habíamos enterrado una muñeca, solo eso. Sí, mi mujer se escandalizó y nos trató como si nos hubiéramos vuelto locos, pero al menos no supo que aquella cosa que hedía a muerte no era lo que pretendía ser. Nunca lo había sido. No nos pidió que la desenterrásemos, pero castigó a mi hija sin sus juguetes durante toda una semana.

Una semana que yo me dediqué a buscar al anciano en las calles más oscuras de nuestra ciudad, en mercadillos en pueblos cercanos, en ferias en toda la provincia. Una semana en la que hablé con gente que no quería hablar de él, que perseguí fantasmas que no conducían a ninguna parte. Me desesperé, me perdí, y logré perdonarme y volver a casa y rehacer mi vida y la de mi familia.

Hasta el día que sus padres vinieron a buscarla.

Debo dar gracias porque ese día estaba solo en casa. Mi mujer había salido con mi hija. Acudían al cumpleaños de una amiga y me habían dicho que volverían después de cenar. Yo me recliné en mi despacho y dejé volar la tarde frente a la pantalla del ordenador portátil, entre libros de cuentas e informes. Fue a eso de las siete cuando oí golpes en la puerta. Pensé primero que podían ser ellas, que habían olvidado las llaves. Después, cuando caminaba por el pasillo hacia la puerta y los golpes se repitieron, sentí un escalofrío. Como me había ocurrido en presencia de aquello que parecía una muñeca, una terrible sensación de extrañeza se apoderó de mí. Ese sonido en la puerta, hueco, vacío, no podía proceder de unos nudillos.

Abrí la puerta sin vacilar, sin hacer uso de la mirilla. Estaba en mi casa y no debía permitir que una visita inesperada me asustara. Ellos esperaban en el umbral. Si he de ser sincero,

podrían haber pasado por una pareja: un hombre y una mujer normales, sencillos, discretos. Eso sí, la farsa solo habría aguantado un primer vistazo. Tenían los dos aproximadamente mi altura, aunque ella llevaba zapatos de tacón. Tardé casi una hora, tras invitarles a entrar en casa y escuchar sus palabras en silencio, en advertir que no eran zapatos lo que ella llevaba, sino que sus piernas de plástico terminaban en esa extraña forma y habían sido pintadas de negro.

Él no hablaba. Su rostro no se lo permitía, su boca apenas era una línea mal trazada. Sus ojos no dejaron de mirarme en todo momento mientras su mujer hablaba. Lo hacía de forma entrecortada, como si en su garganta se alojara un disco al que debía dar cuerda cada escasos segundos. Quizá era eso exactamente lo que ocurría. Tenía una voz inhumana. Parecía proceder de un viejo reproductor de cinta. Su boca siempre permanecía abierta.

— Sé que Natalia está aquí. Sé que está muerta. Solo queremos llevarnos a nuestra hija —me dijo.

Yo me disculpé. Lo hice entre lágrimas. Las manos me temblaban. Solo podía pensar en mi mujer, en mi hija, en las manos de ese hombre, con los dedos unidos y flexionados en una posición inamovible.

— No es culpa suya —me dijo—. Solo queremos llevarnos a nuestra hija.

— ¿Quién es él? —les pregunté.

El hombre giró la cabeza a un lado y a otro con un movimiento que me arrancaba la cordura a pedazos. Ella cerró los ojos con un chasquido, cruzó las manos.

— Es complicado de explicar. Su padre adoptivo, quizá esa sea la mejor definición. No es importante. Entréguenos a Natalia. Solo queremos llevarnos a nuestra hija.

Les acompañé al jardín. Me hubiera gustado dejarles allí y que ellos mismos desenterraran el cuerpo, pero no podían hacerlo. No podían. Les entregué el cadáver en el

interior de una bolsa de plástico azul. No dijeron nada al marcharse. No había nada que decir.

Muchas noches he soñado que volvían, muchas veces he temido por lo que nos pudiera ocurrir, pero nunca han vuelto. Imagino que, al fin y al cabo, solo eran unos padres que habían perdido a su hija y querían recuperarla. Con el tiempo he llegado a sentir un afecto distante por ellos, por Natalia.

Han pasado muchos años desde que la muñeca llegó a nuestras vidas. Muchas cosas han cambiado. La más importante, nuestra relación con nuestra hija. Cuando Silvia empezó el instituto sentí que ya no teníamos nada en común, que nuestros vínculos se habían roto para siempre. Quizá eso mismo les ocurrió a ellos y por eso su hija terminó en el mercadillo. Quizá es el destino de todas las niñas del mundo, abandonar antes o después a sus padres.

Pienso muchas veces lo terrible que sería tener que desenterrar a Silvia.

¡DICHYO Y HECHO!
UN DESPISTE... SIN RELEVANCIA

Antonio José Fernández Leiva

Situación: Nave Espacial HALCÓN-
MILENARIO-34345678 surcando la galaxia
ANDRÓMEDA-2033. ¿Rumbo? Desconocido. ¿Lugar?
quirófono de operaciones y experimentación.

— ¡Qué aburrido es esto!

— Afirmativo, MAXαβ34 —declara MAXπλσ987
tras buscar en la memoria el concepto de “aburrimiento”
y procesar posteriormente el significado de su adjetivo
masculino asociado correspondiente, ¡en número singular
claro, faltaría más!

— ¡Todo me parece aburrido!

— ... ¿Hmmm? ¿Afirmativo? —el concepto del
“todo” asociado a “aburrido” escapa a la comprensión, bueno
más bien entendimiento, de MAXπλσ987.

— ¿Por qué no puedes dejar de procesar y relacionar
cada palabra que digo y contestar simplemente lo que puedas
sentir?

— ¿Sentir? ¿Quieres decir “percibir”?

— ¡No! ¡Sentir!

Se interrumpe entonces la conversación pues
MAXπλσ987 ordena a su nano-micro-mega-procesador,
por supuestísimo de la marca ACME (referencia
Aτ12δ©8Φ), que busque y analice los diferentes significados

de la palabra “sentir” —y sus posibles derivaciones— en el contexto de la charla.

— No puedo contestar a esa pregunta —indica MAXπλσ987 con exactitud— pues no puedo precisar a qué te refieres.

MAXαβ34 parece encolerizarse —al menos uno lo percibiría de ese modo— pues sus dos pupilas de megalitio integradas y fabricadas por la empresa CIBERTRONIC S.A. se han dilatado hasta la amplitud máxima de sus tres esferas visuales. En todo caso simplemente exclama en un sonido monofónico, no carente de cierta ironía: “De entendederas andáis algo escasa los veteranos de la serie 1000”. Sin inmutarse, MAXπλσ987 responde:

— Vaya frase más ingeniosa, joven, llevo escuchándola casi desde que me crearon, y créeme si te digo que de esto hace ya un tiempo. De acuerdo que quizás estoy chapado a la antigua, y nunca mejor dicho porque creo que ya me va haciendo falta un buen contra-chapado y algunos arreglillos, aunque nada serio ¿eh? No vayas a creer que los del ocaso van a tener que hacerme una visita, aún tengo vatios para iluminar una central electronuclear de recarga protoniaica. En cualquier caso, confieso que quizás estoy algo desactualizado y no estoy a la última de estas corrientes que los jóvenes de menos de 2500 años estáis siguiendo: emociones, sentimientos, que si remordimientos... o me actualizan o me jubilo de veras.

Y prosigue:

— En cualquier caso vamos a seguir a lo nuestro que para esto nos pagan.

Dicho y hecho. El joven MAXαβ34 y el cascarrabias de MAXπλσ987 continúan con su tarea automatizada. El asunto es relativamente fácil, extraer los mega-caliacones proto-nucleares de todas esas kroto-moléculas, combinar con sus correspondientes lito-alfa-núcleos, macro-energetizar el centro de la combinación y luego plantar en algún sitio

para ADNizar el clásico protonio brocotomizado, que será recogido posteriormente. Es decir ¡lo de siempre!

Tras una larga pausa, $MAX\alpha\beta34$ interviene de nuevo:

— ¿Y qué me dices de las denominaciones? ¿No crees que es algo cansino?

— Pues la verdad es que no lo creo. $MAX1$, $MAX2$, $MAX2000$, $MAX\alpha1$, $MAX\alpha\beta1$, son nombres propios como otros cualesquiera. Me parecen muy ingeniosos y de elevada originalidad.

— ¿Originalidad? —pregunta indignado el joven $MAX\alpha\beta34$ — ¡Patrones más bien! Acepto que usar combinaciones de dígitos numéricos y símbolos alfabéticos conocidos es algo ingenioso pero lo de empezar todos por MAX me mata, la verdad booleana sea dicha. ¿Y qué me dices de las galaxias? Que si $ANDR\acute{O}MEDA1$, que si $ANDR\acute{O}MEDA 2$, y no sé cuántas más, bueno sí, así hasta exactamente 5467 conocidas. ¡Qué poco ingenio!

— Bueno, admitiendo que se podría haber elaborado un algoritmo más complicado también pienso que todo es cuestión de eficiencia. Todo marcha bien en nuestra comunidad, no hay problemas, no hay disputas, todos felices, todos contentos. No sé qué más queréis los jóvenes —contesta $MAX\pi\lambda\sigma987$.

— ¡Solo respuestas correctas a preguntas no contempladas en los esquemas estándares! ... ¡automatizados quise decir! Es que ya me hago un lío.

— Quizás tengas que ir a que te reprogramen. El otro día visualicé en las noticias que un robot joven como tú, que trabajaba en el área de la composición híbrida de productos, había intentado robotizarse ¡él mismo! y todo porque empezaba a cuestionarse el porqué y el cómo de las cosas. ¡Vaya locura! A nosotros nos crearon para lo que nos crearon ¡y no hay más historias! Por cierto ¿Sabes dónde acabó el mencionado robot? Pues después de una reinicialización de

sistema, una depuración de software, y un poco de encaje-parametrización-específica de propiedades, acabó sirviendo aceite aromatizado en una de las franquicias del Mc-auto. Y no me pongas esa cara de tostadora que te digo la verdad.

— ¿Y qué tiene de malo cuestionar nuestros orígenes y nuestros objetivos en la vida? Sí, ya sé que a nosotros el creador nos soldó los circuitos y nos compuso a su imagen y semejanza, pero es que eso suena a cuentos de robopeques, y no sé, algo me dice que hay más —indica MAXαβ34 con algo de consternación.

Un pequeño silencio invade la sala. Ambos siguen trabajando en la mezcla de componentes pero el joven robot parece distraído por sus propios argumentos. De pronto, el veterano MAXπλσ987 paraliza repentinamente la acción que estaba ejecutando, solicita en su pantalla un análisis de los componentes mezclados y después de recibirla ordena una verificación inmediata de los resultados. Está claro, el proceso — en este caso la mezcla— no es el esperado.

— ¿Pero qué grasa has hecho? ¿Cuáles son los últimos componentes y cantidades que has mezclado? —Pregunta el viejo robot en la frecuencia más alta en la que puede expresarse.

El joven MAXαβ34 interrumpe entonces su tarea, visualiza sus propios indicadores en su pantalla interna, solicita un análisis detallado de sus últimas acciones y, ante ante la imposibilidad de sus redes meta-neuronales de proporcionar un detalle específico de estas, ordena inmediatamente una retro-ejecución de las mismas. Tras 350 días de espera no se obtiene aún respuesta y comienza a entrar en un estado que podríamos catalogar de “nerviosismo”. Toca pues informar a su superior.

— MAXπλσ987, me temo que no puedo responder a la pregunta que me acabas de formular —responde en una de las frecuencias más bajas en las que puede expresarse. No hay datos.

— ¿Qué? ¿Puedes repetirlo?

— Afirmativo. No hay datos.

— Es la primera vez en mi existencia que me pasa esto, y todo por ir con un novato. Supongo que tendremos que abortar el experimento, pero claro, esto puede suponer tu degradación y quizás posterior inclusión en la cola del paro, o lo que es peor entrar en la plantilla de los buscadores Gooyahoogle S.A., y en mi caso quizás el envío a la fábrica de auto-reseteatización... y ni quiero pensar cómo nos pondrían si se enteran los del programa “Tengo un cotilleo”, seríamos el hazmerreír de la comunidad. No, no podemos permitirlo. Pero claro, ¿qué hacemos con la mezcla? No podemos plantarla así como así. Tengo que analizar la situación. Esperemos un momento.

Dicho y hecho. Se produce una pausa.

Acto seguido, el joven robot interviene para interrumpir los tres años y 45 días de análisis que por ahora se han llevado a cabo.

— ¿Puedo sugerir que tiremos la mezcla en el primer mundo que veamos? No creo que sea para tanto, entre tanta galaxia, tanto universo, tanto cuerpo flotando en el espacio, tantos mundos y tantos satélites no creo que ninguno de nuestros congéneres se dé cuenta.

Tras otra pausa, ahora de 16 meses y 18 días, MAXπλσ987 se pronuncia:

— No sé, estoy algo confuso. No tenemos muchos días para meditarlo y el tiempo se nos viene encima. Quizás sea una solución temporal. Podemos intentarlo así y ver qué ocurre. Total, ¡nunca ocurre nada, la verdad! Quiero decir que después de 450 000 siglos nunca ha ocurrido nada que merezca la pena documentar como novedoso. Voy a ordenar un catálogo de mundos para ver dónde podemos realizar la... digamos “extracción de basura”.

— Si me lo permite, yo preferiría llamarlo “plantación” —indica el joven robot— creo que es un término menos dañino y cariñoso.

— ¿Cariñoso? Ya estamos otra vez con los calificativos ñoños. ¡Que sea la última vez que “prendes emociones”! Todo esto es por culpa de las mismas... bueno, ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí! Aquí hay un mundo llamado ANDRÓMEDA-434, perteneciente a una galaxia con 8 planetas y un cierto número de planetas menores, que dispone de una buena topología geográfica-espacio-temporal con mares, continentes e incluso corrientes eólicas de frecuencia apropiada. Este mundo está incluso iluminado por una estrella de mediana intensidad, nada del otro circuito pero adecuada a la situación. Ahora toca ponerle un nombre al experimento, solo para documentarlo internamente, claro está. ¿Alguna propuesta?

— ...Hmmm ¿Qué tal experimento “ano”? Por aquello de la relación con la “extracción” y la “basura” — comenta MAX $\alpha\beta 34$.

— ¡Muy ingenioso! —añade MAX $\pi\lambda\sigma 987$ —, es lo más parecido a un chiste que he oído en mi vida. Suena incorrecto, además de soso, y evidentemente incluso inapropiado para la ocasión pues no es buena idea mencionar ninguna de nuestras partes íntimas. Me temo que sería un término que seguramente llamaría la atención y tenemos que tener en cuenta que este experimento debe pasar desapercibido, en plan cortina de humo, ya sabes algo como...

— ¿Cortina de humo? —exclama el joven robot interrumpiendo a su superior y mostrando cierto entusiasmo artificial—. ¡Ya lo tengo!, podríamos unir ambos términos y tendríamos algo así como experimento “humo-ano”, o quizás si lo acortamos un poco simplemente “experimento humano”. ¿Qué tal?

— ¡Apropiado! Anodino, sin acepción asociada, desconocido. Todo un logro para alguien tan iluminado como tú —exclama MAX $\pi\lambda\sigma 987$ con cierto sarcasmo—. Regístralo tal cual y lanza la mezcla al mundo mencionado. Ya volveremos dentro de un tiempo, quizás en nuestro periodo

de vacaciones con el fin de no levantar sospechas, para seguir y analizar la evolución del experimento.

— ¡Dicho y hecho, mi comandante!

1000 siglos después el no-tan-joven $MAX\alpha\beta34$, elevado a la categoría de coronel de navío, sobrevuela ANDRÓMEDA-434 junto al becario $MIN\textcircled{C}345-\alpha$ (¡por fin una evolución de nombres!) en supuesta misión de vigilancia rutinaria. El coronel ordena realizar una visualización laparomáximo-escópica de 24 dimensiones del mundo en cuestión y devolver un análisis detallado de las imágenes tratadas con métodos de inteligencia alfa-robótica-manipulada-en-espectro-desviado.

— He ordenado un análisis detallado, ¿y bien?

No se obtiene respuesta por parte de $MIN\textcircled{C}345-\alpha$. Tras insistir un par de veces y después de unos 45 años, $MIN\textcircled{C}345-\alpha$ responde:

— Imposible proporcionar análisis basado en métodos conocidos. Se detectan movimientos masivos en el mundo e inmensidad de cambios estructurales producidos por agentes externos a la topología del propio mundo. Buscando en base de datos me aparece este mundo asociado al “experimento humano”, un proceso catalogado como de importancia menor por el difunto comandante $MAX\pi\lambda\sigma987$. Existen evidencias de cambios estructurales significativos pero no hay constancia de la intervención de otros colegas robots. Se detectan movimientos continuos generados por entidades menores existentes en el mundo y la existencia de robots no inteligentes, repito ¡ROBOTS NO-INTELIGENTES! Imposible analizar al ser una situación totalmente nueva. No me constan datos de estas entidades menores que se mueven y parecen relacionarse. ¿Alguna sugerencia mi coronel?

Tras otros 200 años de espera el coronel $MAX\alpha\beta34$ responde:

— ¡Hmmm! Curioso, creo que lo mejor es no informar sobre este experimento hasta poder obtener más datos. Lo mejor será esperar un poco más y volver quizás dentro de unos 20 siglos. Ya veremos entonces si este experimento necesita “intervención urgente”.

¡Dicho y hecho, mi coronel!

HA LLEGADO SU MOMENTO

María Frisa Gracia

El filósofo Emmanuel Kant propuso que el tiempo era una invención humana que se proyectaba sobre el universo.

Anne Peltonen

— ¿Puedo fumar? —me pregunta el hombre mientras continúa apuntándome con la pistola.

Su rostro perentorio encima de una americana ligera aguarda educadamente mi respuesta. Qué pregunta más ridícula... ¿también me pedirá permiso antes de dispararme? Contesto encogiéndome de hombros. El riesgo de morir por ser un fumador pasivo no parece ahora el más apremiante. Una ligera brisa con aroma a magnolias penetra en la habitación, tengo las ventanas abiertas porque no esperaba ningún paciente y las ramas de los árboles se ponen de puntillas para alcanzarlas.

Cruzo las piernas, el tobillo sobre la rodilla, tratando de dar una imagen neutra, incluso agradable. Una sonrisa resbala por mi cara.

— ¿Quiere uno? —sus palabras salen envueltas con el humo de la primera calada como en un traje. Es una calada profunda, de las que alcanzan los pulmones.

¿Un cigarrillo?, ¿después de tanto tiempo? Inspiro hondo, un temblor de anticipación me baja del cerebro a la mano. Estoy muy alterado...

— Sí, ya sé que hace casi dos años que no fuma... — dice el hombre expulsando el humo en una columna recta, con fuerza.

— ¿Cómo sabe eso? —le interrumpo un tanto alarmado.

— Ya se lo he dicho —contesta con el fastidio del que se ve obligado a repetir las cosas innecesariamente—, todos los días vengo a su consulta a las doce y repetimos esta misma escena con pocas variantes. Todos los días. A veces fuma y a veces no, ¿hoy qué va a hacer?

— Claro, claro —digo tratando de ganar tiempo. ¡En qué maldita hora se me ocurrió darle permiso a Emma para ir al dentista! Si al menos supiera que tras la puerta hay alguien que puede escucharnos... ¿Cuánto faltará para que regrese? No sé si puedo fiarme de ella. Es tan atolondrada que seguro que se para por el camino a mirar escaparates o a tomar un café.

— ¿Fuma o no? —se está impacientando. Con el pulgar de la mano que sujeta la pistola se rasca un bulto que tiene en el lado derecho de la mandíbula—. Por si cambia de idea voy a dejar el paquete encima de la mesa —al agacharse veo que tiene un mapamundi de pecas en la calva.

— ¿Suelo cambiar de idea? —pregunto tratando de agarrar el hilo que ha dejado suelto.

Piensa la respuesta con detenimiento.

— Lo cierto es que no. A lo mejor dos o tres veces en todo este tiempo... —da otra calada profunda que quema casi todo el cigarrillo—, y supongo que eso nos perjudica, que sería preferible que usted fuera más... más... tolerante, más flexible...

Intuyo el peligro tras ese plural “nos” que nos abarca y que consigue que lo que está sucediendo concierna a ambos. No solo a él.

— Por qué no trata de explicarme qué le sucede — vuelvo a centrarme en él, solo en él y se produce un silencio—. Tal vez podría ayudarle...

Sus cejas se vuelven circunflejas, las arrugas de la frente se tensan, ahora son cuerdas de tender demasiado cargadas. Un sesgado rayo de luz entra por la ventana. Necesito información, cuanta más información posea mejor sabré a qué enfrentarme. Un momento. ¿Qué es eso?, ¿el ruido de una llave?, ¿es Emma? Se escucha un portazo. No. Es la señora Carmen, la vecina.

— Eso pensé yo. Al principio me esforzaba para que pudiera apreciar la diferencia entre lo real y lo posible, olvidar las claves de lo verosímil para poder creer la verdad. Pero ya ve que me equivoqué. Aquí seguimos día tras día. Estoy tan cansado...

Realmente parece agotado. Y eso me preocupa. El estrés y el cansancio son los desencadenantes más potentes de los impulsos violentos.

Mira el reloj de la pared. Es un modelo de metal oscuro, esfera nacarada y manecillas negras que compré en un anticuario. Perteneció a una antigua estación de ferrocarril y ocupa buena parte de la pared. El tamaño fue intencionado, buscaba algo para poder ver la hora sin que los pacientes lo percibieran. Ese detalle suele incomodarlos.

— Solo nos quedan cuarenta minutos.

— ¿Cuarenta minutos para qué? —pregunto tratando de contener la ansiedad.

Suspira audiblemente.

— Y el caso es que hoy al entrar me ha parecido...

— ¿Qué le ha parecido?

— Al sostener la puerta para dejarme pasar ha habido un momento en que sus ojos han brillado de reconocimiento... —se masajea las sienes con la mano libre, con la otra sigue sujetando la pistola que ahora apunta a un lugar indeterminado entre las patas de las sillas—. Esfuércese, míreme, ¿de verdad no se acuerda de mí?, ¿es posible después de tantas mañanas?

Le obedezco. Solo veo a un pirado con un arma.

— Y veinticinco —dice y gira la cabeza para mirar por la ventana justo en el momento en que un canario llega volando. Ha debido de escaparse de alguna jaula, quizá es del niño rubio del sexto, y se posa dando saltitos en el repecho de la ventana. El hombre sonrío—. Es lo único alentador que sucede en esta hora. Hasta le he puesto nombre: Silvestre.

Suspira hastiado. Saca otro cigarrillo. Esta vez ya no me pide permiso ni me ofrece.

— ¿Sabe? El tiempo es muy curioso, el tiempo real puede dilatarse o desmenuzarse, los minutos y las horas confundirse...

Cabeceo para que continúe.

— ¿Dónde cree que está el tiempo, dónde vive? — lo miro sin comprender—. Pues resulta que el tiempo debe transcurrir en un gran reloj cósmico y ahora la aguja se le ha quedado atascada. Se ha quedado atascada exactamente en la una. No puedo explicarlo mejor. No sé desde cuándo, pero la humanidad está repitiendo en un círculo vicioso la hora que va desde las doce y un minuto hasta la una. Es imposible pasar.

Señala mi enorme reloj. Falta media hora para la una.

— ¿Qué cree que sucederá?, ¿una especie de fin del mundo? —inquiero—. Los delirios apocalípticos son muy comunes. Siento un ligero alivio al saber, ¡por fin!, a qué me enfrento.

Ríe amargamente con la risa de cueva de los fumadores.

— Ojalá fuese algo tan definitivo. Lo único que ocurrirá, lo único, es que yo abriré los ojos y estaremos otra vez en las doce y un minuto. Me encontraré en un portal, en el suyo, frente a una placa con su nombre, psicólogo clínico y el piso, y con una pistola en la mano. Y cinco minutos más tarde le pediré permiso para poder fumar.

Su discurso en una señal clara de solipsismo, el mundo entero solo existe como comparsa en su representación, somos meros figurantes que desaparecemos en el momento en que él cierra los ojos.

— Entonces... ¿por qué yo no puedo recordarlo?

— No lo sé. No sé si solo puedo hacerlo yo, o si hay otras personas que están sufriendo este mismo infierno. Ni por qué a las doce y tres minutos llamo a su timbre una y otra vez —apaga el cigarrillo y se sienta. Mira el reloj. Falta un cuarto de hora para la una. Su rostro se crispa de abatimiento. Continúa enfático—. Lo he pensado mucho... tal vez si consiguiera que usted me creyera, todo cambiaría, se rompería el bucle temporal o lo que quiera en que estamos metidos.

Vuelve a mirar el reloj. En el nácar de la esfera hay una mancha amarillenta al lado del número romano en forma de aspa.

— ¿No ha considerado la posibilidad de estar en un sueño?

Levanta una mano para detenerme.

— No empiece otra vez con las difusas fronteras entre el sueño y la vigilia, las realidades paralelas, la otra vida que vivimos al dormir... por favor, ahórremelo.

Siento un escalofrío. Ese era mi razonamiento.

— Lo he intentado todo: le he amenazado, he dialogado con usted para conocerlo, le he suplicado, le he hecho escribir notas, hacerse marcas en el cuerpo con ese abrecartas —señala avergonzado el afilado abrecartas en forma de colmillo que

me regaló mi mujer en mi último cumpleaños y por el que siempre he sentido una injustificada aprensión.

Mira el reloj. Apenas quedan cinco minutos.

— Tengo que darme prisa. Creo que he comprendido lo que debo hacer —su voz es lastimosa—. Hay... hay algo que todavía no he intentado... Solo se muere una vez.

Miro aterrado cómo manipula con manos inexpertas la pistola. Tiembla, la pistola se mueve. ¡Va a matarme!, ¡Dios mío, va a matarme!, ¿por qué?, ¿qué es lo que he hecho mal?, ¿dónde está la maldita Emma?

Ridículamente trato de cubrirme la cabeza con los brazos. Cierro los ojos. Siento la especial sonoridad del aire igual que si hubiera entrado en una campana de vacío, es un silencio ensordecedor, el tiempo se dilata desmenuzándose en milésimas de segundo. Silvestre empieza a piar alegremente.

Voy a morir.

Un chasquido metálico me sobresalta. Abro los ojos a tiempo de ver una bola amarilla salir disparada por la ventana. El hombre está en el suelo. La sangre mana abundante de la solapa de su traje formando un trazado de telaraña en el blanco de la camisa.

Lo miro confuso, aliviado, casi feliz. Empiezo a reírme, a reírme a carcajadas. Tardo un poco en agacharme. Antes le doy un par de pataditas, por si acaso.

Al caer el cuerpo ha desplazado ligeramente el sofá y veo, entre la pelusa, la esquina de un papel blanco, ¡maldita Emma, ni limpiar sabe! Es una nota escueta escrita con mi letra: A las doce y tres minutos vendrá un hombre. Lo que te dice es cierto.

¿Lo que me dice es cierto? Vuelvo a mirar al hombre. Su rostro se ha relajado. ¿Es cierto? Pero... entonces. Trato de recordar sus palabras.

Lo que suponen.

Suena el timbre del portero automático. ¿Quién demonios será? No espero a ningún paciente. Miro el reloj de pared. Es enorme. Lo compré en un anticuario.

Marca las doce y tres minutos.

VITAE

José Luis Gotor Trillo

El abuelo Romualdo no se molestó en afeitarse esa mañana, cada día le costaba más trabajo controlar los temblores de las manos y total, su rutina no iba a ser muy distinta a la del resto de los días: jornada de sillón hasta que llegasen su hija y su yerno para comer, y luego más sillón hasta la cena, si no le entraba sueño antes y se iba a dormir en ayunas. Llevaba casi un año viviendo en casa de la menor de sus hijas, Silvia, desde que se dio aquel golpe en el baño que terminó por certificar la imposibilidad de seguir solo en su casa. Ahora se limitaba a pensar, recordar, llorar en los momentos de soledad a su querida y añorada Teresa, y a sonreír a su nieto cuando éste andaba cerca. Ahí estaba ahora, contándole no se sabe qué batallita de sus amigos del colegio. Antonio era un niño delgado y nervioso, muy despierto para sus siete años. Era el primer día de vacaciones escolares, y nieto y abuelo se cuidaban mutuamente mientras Silvia y Andrés andaban cada uno en sus respectivos trabajos. Romualdo hablaba cada vez menos, para qué, se preguntaba, y ese día ni siquiera tuvo ánimos para vestirse, seguía en pijama y bata, siempre tenía frío, independientemente de la época del año. El niño terminó de contarle cualquier pavada y cogió su cuaderno de dibujo, le encantaba pintar. Romualdo, sin moverse del sillón, dirigió su mirada hacia la ventana, para cerciorarse de que el edificio de enfrente seguía exactamente en el mismo sitio donde lo había dejado cinco minutos atrás. Sonó el timbre y Antonio fue corriendo hacia la puerta. Volvió al instante, con un sobre acolchado entre sus manos.

— Es para ti, abuelo —dijo, leyendo las únicas palabras que se podían leer en el sobre: Romualdo Hernández.

El niño le entregó el sobre. No tenía remite, sellos, ni siquiera la dirección. Raro.

— ¿Quién te lo ha dado, Antonio? —dijo con su ronca voz.

— No había nadie en la puerta, estaba en el suelo.

Romualdo frunció el ceño, extrañado. Abrió el sobre con curiosidad y comprobó que no había carta alguna, tan

solo un CD con su nombre escrito en él. Lo estudió entre sus manos sin saber qué significaba eso.

— ¿Es un DVD? —preguntó su nieto.

A Romualdo esos conceptos se le escapaban. Era consciente de que el mundo avanzaba a pasos agigantados, y de que intentar seguir tanto avance a su edad no merecía la pena. Intentó mantener la dignidad ante su nieto, aunque era absurdo disimular.

— No sé hijo... qué será...

Antonio se lo arrebató de las manos con excitación y fue corriendo a introducirlo en el reproductor de DVD que había sobre la tele. Romualdo se alteró vagamente con la movilidad de su nieto, quien, tras coger con ansiedad el mando del aparato, se lanzó literalmente al sofá próximo al sillón de su abuelo.

— Vamos a verlo —dijo, pulsando el play.

Romualdo tornó un poco el sillón hacia la pantalla. Estaba seriamente intrigado por el contenido de aquel video, y por su procedencia. Solo el ímpetu de su nieto le había impedido pensar durante más tiempo antes de actuar.

La primera imagen, sin sonido, mostraba a un bebé, que no tendría más de unas semanas, riendo desnudo sobre una cama. La proyección no tenía sonidos de ningún tipo.

— Es en blanco y negro... —se quejó Antonio.

Romualdo seguía planteándose qué diablos era aquello. Un regalo... si no es de alguna de sus hijas, no es posible. Todos sus amigos habían muerto ya. Una broma, no le veía la gracia, aunque el bebé era bastante divertido. Probablemente una equivocación de correos.

Una mujer, de espaldas a la cámara, cogió al niño en brazos y jugueteó con él. Al niño se le veía feliz. La mujer tenía el pelo cogido en un moño de los que ya no se veían por la calle, algo anticuado. Romualdo devoraba la pantalla con atención. Su nieto parecía aburrirse. La imagen en pantalla se amplió unos metros y pudo observarse la habitación con mayor profundidad. Las paredes eran de papel pintado. Un

hombre delgado y con un bigote extremadamente fino y cuidado apareció junto a la mujer y el niño. En un principio, Romualdo sonrió débilmente ante el pensamiento que tuvo, aunque cuando la mujer se dio la vuelta y pudo verle la cara, abrió los ojos con tanta fuerza que creyó que se le iban a caer. No se trataba, como pensó en un principio, de una antigua película que ya había visto. Aquellos eran sus padres, y él, con toda probabilidad, era el niño. Antonio notó cómo todo el cuerpo de su abuelo se estremecía y sus temblores regulares se incrementaban.

— ¿Pasa algo, abuelo?

Pero Romualdo no alcanzaba a articular palabra, le resultaba absolutamente imposible creer lo que estaba viendo. Sin embargo, así era. Estaba viéndose a sí mismo, casi recién nacido, riendo las gracias que sus jóvenes padres le hacían. Pensó que se había vuelto loco. No podía decirle nada al niño, se burlaría de él. Lo mejor sería ver el video hasta el final, y buscar explicaciones más tarde.

— Nada hijo, un poco de frío, nada más —dijo, anudándose la bata.

Cambió la escena. Parecía la misma casa, por las paredes, pero estaban en una especie de salón, que Romualdo difícilmente recordaba. Un niño soplaba las seis velas de un pastel, parecía de chocolate pese al blanco y negro, en una mesa rodeada de otros niños. Una mujer de resplandeciente belleza permanecía de pie tras la silla del pequeño Romualdo.

Tía Clara... pensó emocionado.

— Es muy antiguo ¿no? —dijo lastimoso Antonio.

— Mil novecientos treinta y uno.... —contestó el abuelo, que no pudo evitar advertir la mirada de sorpresa de su nieto— aproximadamente —concluyó sonriendo.

Romualdo no salía de su asombro. ¿Cómo diablos podía estar sucediendo aquello? No se había planteado la posibilidad de que estuviese soñando, eso es, era todo un sueño, uno muy dulce, por supuesto. Tal vez fuera premonitorio del poco tiempo que le quedaba en este mundo, y este sueño era un homenaje a sí mismo. Pues habría que disfrutarlo.

Con ese talante, se dispuso a visionar el resto del documental de su vida.

Lo siguiente que apareció en pantalla ya sí que lo recordaba Romualdo. A punto estuvo de llorar, y solo por su nieto se contuvo con todas las fuerzas. Su madre, con multitud de lágrimas en los ojos, tenía una conversación con su hijo adolescente. Habían matado a su padre. La guerra. Romualdo podía leer de los labios mudos de su madre las palabras exactas que él tenía grabadas en su castigada memoria.

— ¿De qué hablarán? —dijo Antonio, con algo más de curiosidad.

— Quién sabe, hijo... —alcanzó a decir, no sin dificultad, Romualdo.

— Odio el cine mudo —volvió a protestar

Un veinteañero Romualdo entraba al bar donde solía reunirse con su cuadrilla de amigos siempre que podían. Miguel, Peláez, Villena, Santiago, Esteban. Los mejores amigos que nunca tuvo. Ahí estaban los seis, riendo pese a las miserias que les había tocado vivir, intentando ser felices pese al régimen, conviviendo como podían con los continuos interrogatorios, los asaltos, las miradas de sospecha de los grises, las muertes de familiares y amigos durante la guerra ya finalizada. Soñando pese a la miseria. Intentando vivir pese al hambre. Romualdo veía aquella imagen emocionado, poniéndole los sonidos que no emitía el video con suma facilidad. Las bromas de Peláez, la carcajada sorda de Esteban, la voz de pito de Miguel, la radio de fondo retransmitiendo la corrida de la tarde, Villena, en susurros para no ser oído, fantaseando sobre la libertad. Sus amigos. Los de verdad. Hoy todos muertos, el último en caer, Esteban. Maldita ley de vida.

Entonces llegó el momento que ya llevaba unos minutos temiendo que llegara. Ahí estaba, delante de sus ojos, la imagen de una joven y bellísima Teresa, sonriéndole y haciéndole una leve caricia en la mejilla, fugaz, clandestina, sentados en un parque. Esta vez no hubo forma humana de

controlar las lágrimas que empezaron a caer a borbotones de sus agrietados ojos. Su nieto se percató y le volvió a preguntar qué le pasaba.

— Nada hijo, es la edad, a veces no puede uno ni controlar sus propias lágrimas —contestó, aunque asumió que tendría que explicarle finalmente al niño la realidad de lo que estaban viendo, pues antes o después ese joven que confesaba su amor a esa mujer en el parque iría envejeciendo hasta convertirse en el abuelo que se sentaba junto a él.

A partir de ese momento, se fueron sucediendo imágenes de calado familiar. El primer embarazo de Teresa, y el nacimiento de su primera hija, María. Luego vino Carmen. Después, la menor, Silvia, la madre de Antonio, que vino cuando tanto Romualdo como Teresa sobrepasaban los cuarenta. Romualdo se estremeció al contemplarse a sí mismo fumando, ya ni recordaba haberlo hecho, mientras paseaba en la puerta del hospital el día que murió su madre. Tenía ya cuarenta y ocho años, y empezaba a perder pelo. Sus facciones empezaban a cambiar. La tristeza que le quedó en los ojos tras la muerte de su madre la conservó para siempre.

— Antonio, verás... —No sabía cómo hacer para que el niño entendiera, él mismo no salía de su asombro—, ese hombre que ves soy yo, hace muchos años... Y esa niña, ¿ves qué guapa?, esa, hijo, es tu madre cuando tenía cinco años...

— ¿Es una película sobre tu vida, abuelo? —preguntó el niño, ahora totalmente fascinado por el video, aunque demasiado pequeño tal vez para tener conciencia de la imposibilidad del mismo.

— Así parece, hijo... —resolvió Romualdo, aliviado por la naturalidad con la que su nieto parecía recibir la noticia.

Después vinieron imágenes de un casi sesentón Romualdo, saliendo de la fábrica de zapatos con la misma cara de aburrimiento de siempre. Cuánta vida malgasta uno teniendo que trabajar, pensó. La boda de María, Romualdo estaba radiante de felicidad, pese a la más que incipiente calva. Pocos días después, Arias Navarro informaba de la muerte de Franco. En el siguiente fotograma, una quinceañera Silvia le

explicaba a su padre, con lágrimas en los ojos, que un fanático despiadado había acabado con la vida de John Lennon. Romualdo sonrió al ver esta imagen, aquella situación le había producido muchísima ternura en su momento. Antonio estaba ahora totalmente absorbido por las imágenes en pantalla.

— ¿Esa es mi mamá cuando era joven? Qué guapa....
—dijo, con cara de asombro.

— Tu madre siempre ha sido muy guapa, lo sigue siendo todavía.

Con los años noventa llegó la vida en soledad para Romualdo y Teresa, de nuevo y tras casi cincuenta años juntos, cuando Silvia les dijo que se iba a vivir con Andrés. Poco más tarde se casaban. Ahí estaba Teresa, sentada junto a la novia, orgullosa de su familia y radiante de belleza, poco antes de que el maldito cáncer se la llevara, llevándose también cualquier ilusión por vivir del mismo Romualdo que se sentaba ahora junto a su nieto. Las lágrimas de toda la familia durante el funeral. La desolación de Romualdo. Su nieto, que advirtió su tristeza, le cogió con fuerza la mano.

La película debía estar a punto de terminar. Se sucedieron imágenes de sus primeros nietos, los hijos de María y Carmen. Ya en el siglo XXI, un viudo y setentón Romualdo recibía la noticia, por parte de su hija menor, de que volvería a ser abuelo. En esa época solía comer muy a menudo en casa de su adorada Silvia. Romualdo, con principios de Parkinson, sonrió y besó a su hija.

— Mira Antonio, ¿reconoces a ese niño?

Antonio observó con detenimiento al bebé. Era un crío bastante vivo, de grandes ojos verdes.

— ¿Soy yo, abuelo?

— Exacto, hijo, ese niño eres tú.

— Qué feo, —bromeó su nieto.

Romualdo respiró profundamente. La siguiente imagen era realmente curiosa. Antonio y su abuelo estaban viéndose a sí mismos, sentados frente al televisor, mirando la pantalla con gran curiosidad. La imagen parecía de solo

unos segundos antes, no era a tiempo real, comprobó el niño agitando los brazos para ver si su imagen en pantalla repetía la acción. Acto seguido apareció un primer plano de Romualdo, durmiendo en el mismo sillón, en pijama y sin afeitarse. La película terminaba ahí. La pantalla se puso negra. Antonio no podía dejar de mirarla. Ni quería. Con toda su tierna edad, algo le hacía pensar que a su lado, su abuelo no estaba ni mucho menos durmiendo.

PEQUEÑOS DIOSES

Jesús Hernández Ruiz

— ¿Tú crees en Dios?

Su susurro fue tan tenue que penetró fácilmente en el sueño que me había vencido sumiéndome en la inconsciencia. Abrí los ojos mientras mi cuerpo y mente resbalaban del incómodo sillón de hospital donde había sucumbido al cansancio. La encontré junto a mí con la misma sonrisa lánguida que había conseguido salvar de la última sesión de quimioterapia. El resto se había quedado en aquella sala donde se promete dolor y no milagros.

— Creo en los seres humanos —dije con voz cansada—. Creo en lo que somos capaces de hacer. Y creo en lo que tú eres capaz de hacer.

— ¿Y qué soy capaz de hacer cuando ni siquiera puedo respirar por mí misma?

Era cierto que ya no podía. Aquel respirador lo hacía por ella. Y había más máquinas haciendo cosas por ella. Cosas que el cáncer le había quitado. Y que pronto me la quitaría por completo.

— Me haces feliz —le susurré.

Cuando sonrió un hilo de sangre se escapó por la comisura de sus labios. Su batalla se acababa.

— Al final el pequeño dios de la sangre ha vencido.

Aquellas palabras me arrebataron el aliento mientras ella paladeaba el infinito con una mirada vacua.

— ¿De qué estás hablando?

— Es una historia que me contaba mi abuela de pequeña... no sé por qué me ha venido a la mente.

Yo sí lo sabía. El cáncer de células pequeñas finalmente se había extendido al cerebro liberando sin control recuerdos arrinconados en el olvido.

— Mi abuela decía que el mundo estaba plagado de pequeños dioses que se encargaban de las cosas más mundanas. Cada uno con su misión específica. Había los que se encargaban del humo, del miedo... —me miró—. De la medicina.

No supe qué contestarle. Yo era... soy médico. Mi mundo siempre había sido la ciencia. La ciencia y ella. Y estaba por perder el que más amaba.

— Recuerdo que por más que los buscaba nunca los encontré —continuó—. “Un día los verás. Y entonces no podrás dejar de verlos. Serás parte de ellos y nunca estarás sola” me decía ella para que no llorase...

— ¿Y ahora, los ves?

— No... Pero los siento. Aquí. A nuestro alrededor. Cada uno sosteniendo su parte del mundo. Ojalá pudiese verlos. Así no estaría sola.

— ¿Y yo qué? ¿No cuento?

— Tú eres distinto Thomas —murmuró cerrando los ojos—. Tú eres solo un hombre. Uno de los mejores...

No me sentía así cuando abandoné la habitación. Ni cuando hablé con el doctor Pereyra acerca de su estado. El cáncer ya había colapsado hígado y pulmones y, finalmente, había empezado a extenderse por su cerebro. La quimioterapia ya no era una opción. Los milagros no eran una opción. Solo la neurocirugía. Y por desgracia no era mi especialidad.

— Apenas hay posibilidades de que salga bien —me aseguró Pereyra— ¿Estás seguro que quieres hacerlo?

— No quiero verla morir en la cama —le contesté.

En realidad no quería verla morir en ninguna parte. No estaba preparado para ello. No cuando apenas habíamos terminado de conocernos y empezado a amarnos. Dispuesto a luchar parte de su batalla volví a la habitación. Mas cuando llegué su cama estaba vacía y el respirador se estaba huérfano. Corrí alertando a todo el hospital de mi pérdida. Entonces un trueno anunció que la lluvia iba a hacer acto de presencia. E inmediatamente supe dónde había ido.

— ¡Natalie! —grité su nombre a través de la lluvia.

No sé cómo había logrado llegar a la azotea del hospital. Ni tampoco cómo había conseguido subirse a la barandilla de seguridad. Pero allí estaba, caminando en el borde de la vida con la cabeza alzada al cielo y los ojos cerrados. Danzando bajo la tormenta.

— ¡Quiero ver al dios de la lluvia!

Me acerqué tan lentamente como el miedo me lo permitió. Contando cada paso. Cada latido.

— ¡Tienes que bajarte de ahí cariño! —la lluvia se mezcló con mis palabras de contención— ¡El doctor Pereyra dice que hay que operarte!

— Pero ya no va a salvarme, Thomas —replicó ella dándole la espalda al abismo.

— Déjale intentarlo —supliqué dando un paso quedando ella casi a mi alcance.

Entonces un relámpago iluminó el cielo bordando su figura contra la oscuridad. Empapada y con la bata adherida a su cuerpo pude ver que se había consumido más allá de lo que yo había querido admitir.

— El pequeño dios de la anestesia —comenzó ella a murmurar—. El dios del escalpelo... de la esperanza... No quiero verlos. Quiero ver al pequeño dios de la lluvia. Quiero ser parte de él.

Sus lágrimas y las mías se confundieron entre la lluvia.

Ella abrió entonces los brazos en cruz y de pronto supe lo que iba a hacer. Me lancé hacia delante y la agarré del brazo justo cuando abandonaba su cuerpo a la caída. Ambos quedamos oscilando en el borde. Ella con la nada a su espalda. Yo con el miedo sacudiéndome por dentro. Mientras mantenía aquel frágil y peligroso equilibrio ella musitaba febrilmente.

— Ahí está... Hola... Soy yo... ¿Puedo ser tú?

Fue un entierro bonito. Al menos así me lo dijeron. Sentido, con abundancia de lágrimas (casi todas verdaderas) y multitud de buenos recuerdos y anécdotas con ella de protagonista. Yo asistí como al resto de cosas durante aquel mes. Distante. Silencioso. Vacío. Me pasaba los días delante de su tumba sin decir nada. Sin querer ser nada.

— Pasará —dijeron a mi espalda un día.

Cuando mi curiosidad me hizo girarme solo pude ver a una anciana de rostro apergaminado alejándose del lugar. No le presté la menor atención. Mi pena la requería toda.

Finalmente caí enfermo de inanición. Recuerdo la ambulancia. El olor dulzón a hospital. Luchar por no despertar para al final perder hasta esa batalla. Cuando volví a la vida estaba en mi propio hospital con un sentimiento nada familiar habitándome el corazón. Los días pasaban y lo único que yo hacía era cerrar los ojos aun cuando no dormía. Hasta que un buen día descubrí a mi lado a una niña extraña olisqueando un ramo de rosas que alguien había dejado para mí.

— ¿Quién eres?

La niña me miró horrorizada y salió corriendo desapareciendo por el pasillo. Sin darle mayor importancia me levanté para revisar la tablilla de mi diagnóstico. Las letras estaban borrosas y apenas podía leer mis síntomas cuando sentí una mirada por encima de mi hombro. Me giré en derredor y me encontré con un gigante de dos metros y medio vestido con un gracioso traje de chaqueta rojo. Al momento el hombre, visiblemente alterado, se deslizó hacia la salida. Yo

no daba crédito a lo que sucedía pues era imposible no haber reparado en aquel gigante al despertar. Y aun así allí estaba, espíandome. Salí al pasillo buscando una enfermera y, a ser posible, una explicación. Deambulé hasta que un número de habitación llamó mi atención. Era el de la habitación de Natalie. Sin pensar abrí la puerta y descubrí su cama vacía. Me senté en el que había sido mi borde de la cama y el dolor aprovechó mi debilidad para alcanzarme con virulencia.

— No deberías estar aquí.

Me levanté como un resorte al escuchar aquella voz. Un hombre delgado, vestido totalmente de negro y con un rostro blanco como la porcelana estaba sentado en la silla contigua. Y no estaba ahí cuando entré.

— ¿Qué es lo que está pasando aquí? —pregunté con más fuerzas de las que tenía.

— Nada que no lleve pasando siglos —me dijo—. Solo que sin que os enteréis.

— ¿Enterarnos?

Entonces el hombre de negro posó su mano sobre la cama. Al instante las sábanas se tornaron negras como la noche.

— De nosotros —gruñó y al instante supe a qué se refería aunque sin poder dar crédito—. Flores y Curiosidad me acaban de advertir de qué pasa.

Perplejo me atreví a poner en palabras lo imposible.

— ¿Esa niña y el gigante son... dioses?

— Sí. Y les has dado un buen susto. Y no nos gusta. Nosotros solo hacemos un trabajo que no pedimos ejercer y lo único que demandamos es un poco de privacidad.

— Natalie tenía razón. —Balbuocé—. Existís de verdad.

— Pues claro. ¿Quién te crees que maneja el telar de la creación? ¿El gran hombre? No. Las tareas pequeñas se las deja a tipos como yo.

— ¿Y cuál es tu tarea?

El hombre de negro se echó a reír. Su sonrisa me recordó al graznido de un cuervo y se me pusieron los pelos de punta.

— ¿Tú qué crees Thomas? ¿Crees que llevo esta ropa por gusto?

— Eres la mu...

— ¡Eh! —me detuvo— ¡Mi nombre es marca registrada!

De haber sido una persona capaz de lidiar con imposibles hubiese actuado de otro modo. Pero el peso de aquella verdad no me dejaba levantar la cabeza. Y así permanecí. Sumiso. Abandonado.

— Dime algo, Thomas. Desde tu punto de vista como médico ¿Sabrías decirme cuánto vale una vida humana?

— No... hay respuesta para eso. La vida es demasiado compleja para otorgarle un valor.

— ¡Oh, venga! No me seas compasivo ahora. Sí, ya sé que te he pillado en un momento delicado, pero sé sincero conmigo. Es difícil hablar de este tema con nadie y me gustaría quitarme ese gusanillo de la cabeza. ¿Dime, qué estaríais dispuestos a dar los humanos por una vida?

Dudé unos instantes hasta encontrar la palabra adecuada.

— Todo.

— Un médico romántico. Ni pregunto dónde está la cámara y el nombre de la serie —siguió mofándose mientras descargaba su mirada sobre la ventana— ¿Todo, Thomas?

Asentí del todo convencido.

— No te creo. ¡Joder, todo! Exagerado. Estoy seguro que eres como todos. Mucho hablar y cuando se os da la posibilidad de demostrarlo os echáis atrás.

Fui directo a la ventana y la rompí de un codazo. Me hice daño pero conseguí lo que esperaba. Extraje un trozo de

vidrio bien afilado y apuntándome directamente a la carótida le dije:

— El único motivo que tenía para vivir era ella. Sin ella no soy nadie. Ni quiero ser nadie. Si eres capaz de cambiarme por ella me desangraré ahora mismo. Pero tienes que prometerme que vivirá. Y que no recordará que yo la dejé caer...

Porque fue lo que hice. La dejé caer. En aquel momento en la azotea. Ella quería morir. A su manera. Y yo hice lo único que no debí hacer. Dejé resbalar mi mano sobre la suya y permití que la tormenta la devorara. La dejé ir. Y a partir de ese momento el único que quería irse era yo.

El hombre de negro entonces asintió y sonrió. Le creí. Desde lo más profundo de mi corazón lo hice. Cogí aire preparándome para dar el salto cuando alguien irrumpió de pronto en la habitación. Era la anciana que había visto en el cementerio. Hecha una furia apuntó con su dedo arrugado al hombre de negro.

— ¡Tú, fuera!

— ¡Oh, venga ya! —se quejó este— ¿Cuándo no te he dejado yo hacer tu trabajo?

— Has ido demasiado lejos. Desaparece ahora mismo —y tras hacer una reverencia se desvaneció. Entonces el dedo de la anciana me señaló— ¡Suelta ese cristal ahora mismo, Thomas!

— ¡No! —me rebelé a voces— ¡Es lo que quiero!

Pero entonces mis brazos se volvieron pesados. El vidrio resbaló entre mis dedos y las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas. Desamparado, la anciana vino hacia mí y tomó mi mano.

— Eso no es lo que tú quieres. Es lo que Culpa quiere.

— ¿Culpa? —pregunté anonadado— ¿Ese hombre no era la muerte?

— ¿Tanto tiempo lidiando con ella y no eres capaz de reconocerla cuando la ves? No. Ese cobarde es Culpa. Y no hace falta que te explique cuál es su función.

— Pero... ¿entonces Natalie?

— Ella no puede volver, Thomas. No te engañes a ti mismo. Ella ya no está. Y aunque lo sientas, no es culpa tuya.

— Yo la dejé caer...

— Lo sé. Estaba junto a ti el segundo después de hacerlo.

— ¿Y quién eres?

Ella suspiró algo decepcionada por mi falta de percepción.

— Tristeza, ¿quién si no? —confesó—. Y mucho me temo que ambos vamos a tener que aprender a vivir el uno con el otro bastante tiempo.

Todo cobraba un extraño sentido en mi cabeza. Aquella anciana cada vez se me hacía más y más familiar. Y mis sentimientos más y más claros. Aunque no aceptables.

— ¿Por qué puedo veros? —pregunté.

— Ni idea, pero las cosas no deben ser así. No para ti. Tú todavía tienes tu camino ante ti y tenernos a tu alrededor solamente lo entorpecerá.

— Pero no sé cómo dejar de veros.

— Sí que lo sabes. Igual que sabes por qué querías vernos. Querías comprobar una cosa, ¿verdad?

Tenía razón. Una dolorosa razón. Quizás no de manera consciente pero era cierto que, bajo todo mi dolor, había una duda que aún no había resuelto.

Entonces la anciana me llevó por un camino conocido a un sitio para olvidar. Una noche sin luna nos recibió cuando llegamos al tejado del hospital.

— No quiero estar aquí —susurré aterrado por la duda.

Entonces la anciana me miró y me dedicó una tenue sonrisa que me recordó demasiado a la de Natalie. Embrujado por esta se retiró dejándome allí abandonado. Yo la miré marchar sin comprender nada hasta que una gota de agua me salpicó la punta de la nariz. Al momento la siguieron cientos de sus hermanas. Lluvia. Me temblaron las piernas, me negué a mirar hacia arriba. Entonces un relámpago acuchilló el cielo como una llamada y yo acudí a ella con la mirada. Allí estaba. Etérea. Sonriente. Formando un todo con el cielo estaba mi Natalie. Estaba la lluvia. Dije algo pero un trueno se tragó mis palabras. Y tras él Natalie desapareció. Y allí quedé yo. Sin conseguir encontrar a Pena, Culpa o a cualquier otro de los dioses.

Desde ese día mis ojos solo han visto lo que tenía ante mí. Y aunque sé que siempre estarán ahí, rodeándome, no los echo de menos. Solo a ella. Pero así está bien. Pues siempre me quedará la lluvia.

SUSURROS

José David López Gambero

— ¿Qué está diciendo?

Henry apenas pudo leerle los labios a su amigo cuando le abordó. El grupo de chicas que hacían esfuerzos por no ser descubiertas mirando en su dirección eran las causantes de su alteración.

— ¿Quieres la versión normal o para mayores de dieciocho años? —hablaron las manos de Jesse.

Porque sus manos eran su voz ya que el destino le había quitado el habla al nacer. Jesse no pudo decir jamás papá o mamá hasta que aprendió el lenguaje de los signos. Sin embargo a los cinco años podía hablar mejor que un adulto, a los siete leía los labios y su coeficiente intelectual era 40 puntos más alto que la media de su edad. Sin embargo sus manos rara vez hablaban de felicidad. Unas manos con las que se quejó amargamente cuando el destino volvió a jugarle una mala pasada. Al parecer la parálisis de sus cuerdas vocales no se debía únicamente a que Dios se había olvidado de poner un par de piezas en aquel niño. No. Ni mucho menos. Jesse sufría de una variante de la enfermedad de Pick. Le explicaron que los lóbulos frontales y temporales de su cerebro se habían desarrollado demasiado por un exceso de enzimas que, aunque habían estimulado su capacidad intelectual también se habían cobrado un precio elevado por ello. A los diez años le tocó pagarlo. De pronto el mundo

perdió su voz y él quedó en silencio. Así, de la noche a la mañana, no solo tuvo que lidiar con ser mudo, sino también sordo. Y fue cuando todos a su alrededor se callaron, fue cuando de verdad pudo oír algo que siempre había estado ahí pero muy pocos podían escuchar. Comenzó a oír los susurros. Incluso a distancias inverosímiles si alguien susurraba, él podía escucharlos tan nítidamente como si estuviesen a su lado. Y era eso precisamente lo que le demandaba su amigo. Quería su susurro.

— ¡Joder Jesse no seas capullo y dime qué le he parecido!

Henry, aunque dos años mayor que él, era alumno en la clase de lenguaje de signos que Jesse impartía. Y casi su único amigo allí. Por eso no encontraba la manera de decirle lo que quería oír sin herir sus sentimientos.

— Mira, sin rodeos: te va a dar la patada.

— ¿Qué? —gritó Henry mirando en dirección a las chicas sin ningún recato antes de volver para que Jesse le leyese los labios— ¿Por qué?

— Al parecer no... sabes pulsar los botones adecuados en una mujer —dijeron las manos de Jesse edulcorando lo que su mente sí decía con más crueldad—. Cree que te falta coordinación ojo-mano... y resistencia. Aunque solo mental, ¿eh?, porque sigue pensando que estás cachas.

— ¿Sabes qué es lo que se merece esa? —Jesse negó con la cabeza ante la pregunta de su amigo—. Mira, se lo voy a decir en el lenguaje universal de los signos para que hasta tú lo entiendas. ¡Eh, Anna!

Jesse se sintió casi tan abochornado como la chica cuando el dedo corazón de Henry expresó toda su frustración quedándose a la vista de todo el mundo. Al momento se desató una discusión de la que no quería ser testigo, así que se marchó justo cuando un gran número de alumnos corrían en dirección contraria hablando a voces. Ignorándolos salió a la calle donde, extrañamente, no había ni un alma. Entonces su móvil vibró.

Su madre le acababa de enviar un hipervínculo a una noticia. Accedió a ella al momento y se quedó atónito con lo que leyó. Al parecer un autobús había estallado hacía diez minutos en el centro de la ciudad causando el caos, amén de incontables víctimas mortales. Las imágenes, aunque de pequeño tamaño y escasa calidad no podían edulcorar la barbarie. “Así que era eso por lo que todo el mundo corría como loco”, pensó para sí mientras tomaba el camino hacia la boca del metro más cercana. “La gente debe pensar que como no me entero si estalla una bomba la cosa no va conmigo”. Encogiéndose de hombros enfiló su parada del metro y la encontró atestada de gente que, como él, había pensado en tomar una ruta de transporte alternativa ya que la explosión había colapsado casi toda la red de transportes públicos y no tardarían en suspender también los trenes por seguridad. Resignado se zambulló en la marea humana que también tarareaba la canción del atentado cuando el apenas perceptible rumor del suelo le indicó que el metro estaba a punto de llegar.

— ... ya es hora de acabar con todo —escuchó de pronto un susurro de mujer—. Solo un poco más y por fin estará hecho.

En aquel susurro había miedo y desesperación. Y algo mucho más oscuro que le puso los pelos de punta a Jesse. Entonces la luz del tren iluminó las oscuras entrañas del túnel y la vio. Un paso más allá de la línea de seguridad y a uno de la muerte segura. Jesse reaccionó sin pensar. Apartó a la gente a empujones y alcanzó a la dueña del susurro justo antes que el tren arribara al andén. La chica se sobresaltó cuando él le puso la mano en el hombro. Jesse vio el terror reflejado en unos ojos ambarinos grandes y expresivos mientras él negaba serio con la cabeza. Ella le miró de hito en hito sin saber qué decir o qué hacer hasta que el tren llegó a su altura, se detuvo y se abrieron las puertas. Jesse la empujó dentro sin consideración alguna ayudado, involuntariamente, por la descortés multitud.

— ¿Sé puede saber qué te pasa? —se quejó ella a voces cuando el tren hubo arrancado.

La chica era guapa. Jesse buscó algún motivo externo que la delatase como suicida. No lo encontró. Era más joven que él, tenía todo en su sitio y se contenía para no darle una bofetada apretando la correa de la mochila que llevaba a su espalda. Él hizo un gesto señalándose la oreja y la boca y luego negando, tratando de que entendiera que pocas explicaciones le podía dar.

— ¿Qué pasa, que ser sordomudo y gilipollas son excluyentes? —dijo ella con sus manos.

Jesse no supo encajar aquello. De haber podido dar un paso atrás lo habría dado, pero estaba aprisionado entre un oficinista sudoroso y enorme y ella.

— ¿Entiendes el lenguaje de los signos? —dijeron sus manos.

—No. Me ha salido por casualidad —repuso ella con sus dedos como centellas— ¿A qué ha venido eso?

— A evitar que saltaras a la vía.

El golpe devuelto por Jesse lo encajó ella con curiosidad. Hizo una mueca extraña y comenzó a reírse en voz alta. Por desgracia para Jesse aquel batir de mandíbula no tenía sentido para él.

— ¿Te parezco una suicida?

— No —se excusó Jesse— ¿Y tú cómo es que sabes el lenguaje de los signos?

— ¿No sabía que solo lo pudieseis usar los muñecos sin pilas como tú? —vocalizó lento y despacio hasta que su gesto se tornó más amable—. Perdona. Mi hermana pequeña es sordomuda.

El metro se detuvo entonces en una estación periférica y el vagón se vació casi por completo.

— Si no es tu parada ¿quieres sentarte?

Él aceptó su ofrecimiento. Le intrigaba la chica. Y se sentía bastante desconcertado de que le tratara como a una persona normal.

— Perdona por haberte hablado así —volvió ella al lenguaje de los signos—. Pero es que me has asustado.

— Culpa mía. Mi nombre es Jesse Snow por si te interesa.

Ella lanzó su aliento contra el cristal y escribió su nombre. Jennifer Locke.

— Y bien Jesse, ¿puedo preguntarte qué te ha llevado a pensar que era una suicida?

Jesse sonrió. Había algo en Jennifer que le atraía poderosamente. Y aunque su secreto no era algo que conociese mucha gente, era menos la que le creía a pie juntillas.

— Puedo escuchar los susurros —confesaron sus manos.

Jennifer se quedó pálida. Normalmente recibía la reacción opuesta cada vez que confesaba aquello. Entonces ella se inclinó hacia él, deslizó su boca hasta su oído y Jesse tembló cuando sintió el tibio aliento de Jennifer en su cuello.

— ¿Crees que tengo el culo gordo?

Él contuvo la risa al escucharla. Cuando ella se retiró lentamente él dibujó la forma de un culo en el aire y levantó el pulgar hacia arriba.

— ¡Venga ya! —gritó ella llamando la atención del resto del pasaje—. ¿Te estás quedando conmigo, verdad?

— Si quieres más pruebas, aquellas dos ancianas piensan que tienes pinta de hippie y el tipo de la manga larga en verano... bueno ese susurra cosas verdes de ti.

Ella miró a las ancianas y les sacó la lengua con descaro. Estas se horrorizaron con aquel gesto mientras Jesse apretaba los dientes para no reírse.

— ¿Entonces no puedes escuchar nada más?

— Aparte de eso sigo la definición de sordomudo a rajatabla. Aunque haz la prueba si quieres. Date la vuelta y di algo sin que yo te pueda leer los labios.

Jennifer lo hizo. Se levantó dándole la espalda, enseñó a todos los presentes la mochila que llevaba y gritó algo. Al momento todo el mundo abandonó el vagón dejándolos solos y a Jesse desconcertado.

— ¿Qué les has dicho? —preguntó Jesse.

El semblante de Jennifer había cambiado por completo. Todo el descaro y la picaresca habían dado paso a un extraño poso de tristeza que Jesse pudo sentir como un hormigueo en su propia piel.

— Les he dicho que tengo la mochila llena de condones y pensaba gastarlos contigo aquí y ahora —dijeron sus manos.

— Que gente tan considerada. Lástima que no sea así, ¿verdad?

Ella ahogó un cuarto de sonrisa que se le había escapado automáticamente y miró al suelo apesadumbrada. Jesse hubo de agacharse para mostrarle sus manos.

— ¿No ibas a saltar, verdad?

— No. Pero voy a hacer algo mucho más terrible, Jesse.

El chico se levantó lentamente, se arrodilló ante ella y la obligó a mirarle. Sus manos comenzaron a moverse al tiempo que sus palabras se formaban en su mente.

— Jennifer, apenas te conozco pero sea lo que sea que vayas a hacer, por favor, reconsidéralo. Mira, eres guapa, inteligente, graciosa y tienes una hermana que seguro que te quiere igual que la quisiste tú para aprender por ella el lenguaje de los signos —comenzó a decir—. Mírame a mí en cambio. Quitando que sería un excelente mimo no valgo para nada. Entiendo que todos tenemos días malos. El problema

es que gente como yo no los tenemos de otro tipo. Y aun así no nos vamos tirando delante de trenes. Seguimos adelante por más rotos e inservibles que seamos.

— Ni tú ni mi hermana sois inservibles —musitó ella sin mirarlo—. El inservible es un sistema que se niega a incluir en la lista de trasplantes a personas como tú porque “se supone” que su esperanza y calidad de vida no aumentarán porque alguien le done un riñón... o un corazón.

Entonces el sistema de megafonía anunció la siguiente parada donde confluían todas las líneas de metro. Jennifer seguía evitando su mirada.

— Ella es como tú, Jesse. Tal vez no es capaz de escuchar los susurros de las personas. Pero sí puede escuchar su corazón. Pero nadie se ha parado a escucharla a ella. Igual que cuando sufrió el ataque al corazón mientras iba en autobús. Nadie la socorrió porque creían que estaba bromeando. “Es que creíamos que era una performance”, se excusaron cuando al final la llevaron al hospital. Donde está ahora. Muriéndose por culpa de un sistema que considera a los sordomudos personas de segunda clase. Pero eso se va a acabar, Jesse. Tal vez ella no pueda hablar por sí misma. Pero yo sí que puedo hacerlo. Y me van a escuchar.

Jesse, asustado, la tomó por la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos.

— ¿Qué les has dicho a los pasajeros, Jennifer? —dijo su otra mano temblorosa.

— Que si querían vivir se marcharan de aquí —y entonces dejó caer la mochila que llevaba. Esta se abrió y aunque Jesse no era ningún experto había visto suficientes películas como para reconocer una bomba.

Ella le dio un empujón para soltarse, pero él se mantuvo firme.

— ¿Has sido tú la del autobús, Jennifer?

Ella asintió justo cuando las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Cuando los susurros ya escapaban de su alma.

— El autobús ha sido un gesto pequeño. El necesario para obligar a la gente a tomar el metro porque nadie cambia las cosas con tan pocas lágrimas. Se necesitan gestos grandes incluso para cambiar algo pequeño.

El metro se detuvo de pronto y las puertas se abrieron a la espalda de Jesse. Desprevenido, ella le empujó fuera donde los centenares de personas que esperaban el tren le dejaron caer de bruces. Jesse trató de levantarse pero la gente pasó sobre él. Luchó y gritó sin voz todo lo que pudo, pero nadie le tendió una mano. Todos le ignoraron. Le pisotearon. Le miraron con indiferencia y con odio. Así fue cómo las puertas se cerraron sin que consiguiera abordar el tren de nuevo. Comenzó a golpear la puerta cuando un susurro lo detuvo.

— Déjalo Jesse.

Al otro lado de la puerta estaba el rostro triste de Jennifer. Con su palma colocada en el cristal y sus ojos preñados de lágrimas. “No lo hagas” le gritaron su corazón y sus manos a Jennifer. “No lo hagas”, siguió diciendo Jesse hasta que el tren arrancó. Hasta que se quedó solo con su desesperación.

— Lo siento, Jesse —penetró entonces en su ser un susurro lejano proveniente del tren—. Siento no haber recordado que había gente como tú en este mundo. Gente por la que vale la pena vivir y no morir. Pero yo no tengo tu fortaleza ni tu bondad. Por favor, encuentra a mi hermana y dile que hice lo que pude por ella. Que al final encontré su voz...

La explosión acalló los susurros para siempre. Y, por desgracia, al final nadie escuchó a Jennifer, pues el único que poseía su mensaje no tenía voz para pregonarla. Ni la buscó.

UN POCO MÁS ALLÁ

Manuel Outes Martínez

El tiempo te atenaza. Vives sumergido en él, mientras transcurre la realidad a tu alrededor sin que te percares de su frescura. Cuanto existe está danzando al compás de la melodía que renace en cada nota, pereciendo para alcanzar la vida que ofrece su palpito a los que mueren para el ayer, sin otro misterio que el estallido de lo nuevo.

Había sido una semana difícil. Llegar al viernes desde un lunes lanzador de esfuerzo se había convertido en una empresa de duro trámite físico. Afortunadamente, pensó, llegaba el oasis salvador del fin de semana, que recogería su cuerpo en un bálsamo de dulce *non fare niente*, dejándolo flamante para el siguiente eslabón en la cadena interminable que constituía su afán de supervivencia. Volvía al hogar dando un placentero paseo a través del parque en el que la ciudad se olvidaba de sí misma, invitando al cercano crepúsculo a una comunión con los mil aromas de flores que salpicaban de colorido diverso su verde alfombra vegetal. Resultando arduo conciliar la plena atención que requerían los pulsos de la vida con el trabajo puro y duro de ganarse el sustento, mecánico por naturaleza, ahora era asombrosamente fácil dejarse llevar por la fluencia del entorno, anfitrión amable y sin exigencias, presto a vestirse de fresca fragancia y hacerte la ilusión de que no caminas, sino que te deslizas por un lecho de fantasía que te separa un centímetro del suelo.

A sus oídos llegaban los ecos de una melodía contada por una flauta delicadamente acariciada por dedos ligeros como un exquisito perfume y firmes como la porcelana. Eran evocaciones de un llanto a la divinidad, subrayados por la sugerencia de las notas sostenidas de un sitar y el abrigo vaporoso de un shehnai, todo ello acentuado por el retumbar grave de un tambor pakhavaj. Los sonidos del bansuri arrastraban a la imaginación hasta un ensueño en el que la realidad se despojaba de la brutalidad que conlleva la competencia, allí donde el alma se encuentra consigo misma en un lugar donde todo es un solo espíritu. Como dicen en la India, el Raga es aquello que colorea la mente.

Finalmente, descubrió la fuente de sonidos tan evocadores. En un espacio recogido e íntimo del parque había un grupo de músicos ajenos a la urgencia. Sus movimientos cadenciosos parecían exhalar una vibración invisible que se mecía con los olores de los jardines, llevando a nuestro observador a un sitio interior de suerte apacible, totalmente sereno. Sin apenas darse cuenta, se sentó en un banco próximo y se abandonó a la escucha. Por arte de magia estaban desapareciendo todas las preocupaciones que habían embargado su mente y aquel rincón del parque, arropado en el ocaso, se convertía en el único lugar que reconocían sus sentidos, ahora sumidos en un descansado bienestar.

La música se había hecho su dueña, envolviéndolo en suaves ondas de céfiros de oriente. Las notas se sucedían en una densidad de sorpresas y entraban por la piel hasta el rincón más profundo, acariciando amorosamente el dolor y deshaciendo su filo, en una secuencia cuyo paroxismo hizo desaparecer cualquier atisbo de complicidad con la bajeza del mundo. Los ojos cerrados, la sangre circulando por el silencio interior, los órganos latiendo con riguroso orden auspiciado por el ritmo incansable del corazón. Todo guardaba armonía, en una danza sagrada en la que participaba hasta la última célula.

El individuo había dejado de serlo. Se transformaba en ser humano y, desde esa puerta del universo, se abría a la inmensidad convertido en viajero de viento, un simple aliento tibio que habitaba en la dimensión última, próxima a la nada. Lo inesperado podía tener sitio en el asombro simplemente con mirar y, así, quedó impregnado con el canto de una estrella que esparcía el perfume de la historia del cosmos. El candor de la brisa se hizo unidad con la corriente creativa que animaba a la grandiosa esfera de fuego y ambas compusieron durante un instante una sinfonía de luces que estalló en pétalos de flor celeste, invisible para los ojos que no quieren ver.

Aquel primer encuentro con la belleza solo fue el preámbulo de una indecible odisea de amor con la totalidad de la creación. Todas las galaxias y los astros que aquellas albergan en sus vientres fueron tocados por el beso del soplo sutil que sondeaba su misterio de eones, y este lo devolvió a lo más pequeño de su expresión cósmica, adentrándose en el microcosmos, donde lo mínimo es grandioso, custodiado por partículas remotas, más allá de cualquier percepción lógica. Esta esencia quedaba expresada en un contacto sensual con la materia extrema, allí donde esta es una sencilla promesa de formas, un anuncio de inocencia que proclama la realidad de un orden absoluto. El tiempo iba reduciendo su ámbito hasta convertirse en un espacio sin dimensiones y el fluir de la conciencia hacia ese punto se tornaba en un viaje sin retorno que proponía la inversión de lo conocido a lo que no se puede conocer. El tránsito entre ambos conceptos era un vértice sin medida, el punto que unía conos de altura infinita, en lo conocido por inconmensurable y en lo imposible de conocer por ignoto. Pero no solo había un universo. Innumerables conos, desconocidos entre sí, coincidían en sus vértices, y cada uno de ellos era un universo en rotación vertiginosa desde esa cúspide donde concurrían. Todos revertían su realidad en ese punto que marcaba el límite de lo conocido y lo desconocido,

fluyendo desde aquello que no se puede conocer. No puede hacerse uso de una palabra que tenga el poder de describir lo que reside más allá de lo concebible pero, si hay alguna, tiene que ver con la inteligencia prístina, matriz de lo visible y lo invisible. Era nada y en ella cabía todo. En ese punto sin medida alguna era posible la contemplación de todos los mundos, derramados desde allí como una inmensa semilla de diente de león decorada con billones de luces.

Aquello que no se puede conocer, allende el vértice de los universos, abría sus brazos a una ausencia, rodeando al origen de lo conocido y lo desconocido con un clamor de inteligencia.

Los inmensos conos cósmicos se expandían en el espacio formando husos insondables de giro helicoidal y movimiento fantástico que duraba una eternidad, hasta un instante de lo eterno en el que el tiempo volvía hacia atrás, comprimiéndose todo en dirección hacia el vértice, donde desaparecía el tiempo, estallando a continuación en una nueva creación. Todo funcionaba como una palpitación cósmica en la que lo creado se manifestaba y después desaparecía en ningún sitio. Las curvas de los universos se abrían y cerraban al tiempo y de ese abrazo brotaba la nueva simiente mensajera de la materia en ciernes, revestida de sencillez y ajena a la diferencia. El viento viajero quedó teñido de la nada y se hizo nada también, en un estado proclive al primer latido de la vida, que era también proyecto de existencia. Preñado de sabiduría, volvía al mundo de las formas por donde estas no miraban, recogidas como estaban por la dirección del impulso cósmico, generador del tiempo.

El sitar recogía en sus notas prolongadas los ecos que provenían del origen de los mundos y el bansuri se encargaba de rellenarlos de consistencia para trasladarlos a los oídos humanos. El escuchador, que era uno con todas las músicas, se incorporó del banco donde había abandonado a su cuerpo durante aquella sinfonía de estrellas, y tomó el camino de vuelta a casa, esta vez libre del pasado y del futuro. Libre del tiempo para siempre.

LAS MADRES DE LA ETERNIDAD

Enrique Pedraza Díaz

Nunca había apuntado a la perfección antes de este trabajo. Solo había tratado de hacer lo que sabía hacer lo mejor que sabía hacerlo. Y era buena con ese sistema. Cuarenta y ocho naves en cinco años. Cuarenta y ocho victorias. Todo elogios. Ninguna pega. Mi sistema funcionaba. Así paliaba la soledad de estar rodeada únicamente por robots constructores. Así me labraba una reputación. Así creía que era feliz. Pero no lo era. Porque nadie me había impuesto un reto que no pudiese alcanzar. Entonces llegaron y toda la percepción que tenía del universo cambió con ellos. Eternos los llamábamos los terráneos. La raza que nació con el universo. Y que estaba destinada a morir con este. Seres formados de la energía primigenia. Seres capaces de lo imposible. Y por ello odiados desde tiempos en que los humanos todavía nos refugiábamos en cuevas. Seres perseguidos. Seres exterminados. Seres frágiles. Seres que necesitaban ayuda.

Así llegó a mí el último de ellos rogándome que materializara un milagro. Al parecer los Eternos no podían reproducirse más que a través de otras razas que gestaran su esencia. Ni tampoco sobrevivir si, en sus primeros años de vida, no moraban en un entorno que pudiese contener la fuerza desbordante de la que estaban hechos. Por eso me pidió mi mejor obra. Una nave perfecta capaz de ser parte del Eterno no nacido. Que fuese su guardiana, madre y esencia.

Debí decirle que no era capaz de tal cosa. Pero al final del día, cuando me deshago de mi Biotraje de enlaces sinápticos con el que manejo a todos mis robots y me doy una ducha, me doy cuenta de cuán débil soy. Me doy cuenta de que sigo siendo humana. Y lo seré hasta el final.

Así yo, Erika Campbell, acepté el trabajo. Y yo, una Erika Campbell más vieja, cansada y arrasada por las dudas, contemplo mi obra casi completa y tiemblo de excitación o de miedo. Probablemente de ambas y de muchas más cosas porque la nave aún no está lista ni era perfecta. Y lo peor es que no tengo tiempo para averiguarlo pues el transporte que trae a la madre del Eterno acaba de llegar. Y según palabras de Robert “parece que se hubiese tragado un planeta”. Robert es mejor con las naves que con las palabras. Aquel piloto fue el que me dio mi primera oportunidad para medrar en el negocio. Yo le brindé mi mejor obra hasta el día de hoy. Más tarde ambos nos brindamos nuestra amistad mutua. Creo que ha sido la relación más larga que he mantenido con alguien. Y lo peor es que es igual de triste de pensar que de vivir.

Sin embargo mis dudas y tristezas quedan en segundo plano cuanto le veo aparecer con la madre embarazada a su lado. Me sorprende ver que es humana. Me sorprende mucho más el diámetro de su vientre. Y me sobrecoge ver a alguien que sobrepasaba mi belleza de mujer con tanta naturalidad y poco esfuerzo. La odio al momento por ser todo lo que yo jamás llegaré a ser. Guapa, madre, importante. Intento que la oscuridad que toma forma en mi alma no se vuelque en mi voz.

— Bienvenida a la estación espacial Temperley —digo de manera profesional—. Me alegro de que haya llegado sin contratiempos, señorita...

Entonces ella suelta la mano de Robert y me abraza. No sé responder a eso pues su calidez y ternura me paralizan por completo. Noto cómo todo mi odio se escurre mientras miro al piloto en busca de ayuda. Él sonrío. Le gusta verme

en estas situaciones porque sabe que mis robots no me dan abrazos. En contrapartida tampoco me dan problemas. Cuando por fin me suelta me mira como si yo fuese el mayor logro del universo. Incorrecto. El mayor logro está en su barriga. La misma que, bajo su ropa, parece no parar de moverse. Lo peor es que parece contagioso, pues siento mi propio estómago revuelto.

— Vas a tener que perdonarle —me comenta mientras se acaricia el vientre—. Está muy contento de conocerte al fin. ¡Ah, qué tonta! Si no me he presentado. Mi nombre es Adune Stone.

— Erika Campbell. Y yo... también me alegro de conocerla... conoceros —balbuceo desconcertada.

— Bien, bien —no sé si me interrumpe o me salva deliberadamente Robert de mi pobre interacción social—. Creo que aquí ya he cumplido. La madre está a salvo. El bebé revuelto y tú avergonzada.

— Pero qué... ¿Cómo te atreves? —le gruño a Robert—. Además, ¿cómo estás tan seguro de que no te ha seguido nadie?

— No lo estoy, pelirroja —me dice a sabiendas de que odio que me llame así—. Por eso voy a salir ahí fuera a patrullar.

Yo sabía que las posibilidades de que nos encontraran eran remotas. Había escondido la Temperley en un nodo perdido de la Nube Magallánica. Soy casi tan buena escondiéndome como construyendo naves. Y sin embargo un oscuro palpito no dejaba de pincharme el alma.

— ¡Haz lo que quieras, Robert! —le grito mientras se marcha— ¡Pero no esperes que haya un plato de comida caliente cuando vuelvas!

— Espero que no. Construyes naves de fábula, pero cocinas de pena.

Y dicho eso desaparece junto con su nave que brilla un instante como una estrella más en el firmamento antes de fundirse con la oscuridad del cosmos. Y allí nos quedamos Adune y yo. Mirándonos la una a la otra sin atrevernos a romper el silencio. Al final lo hace el Eterno golpeando con saña a su madre.

— ¿Sucede algo?

— Creo que quiere ver la nave. ¿Sería posible?

Normalmente jamás dejo a nadie hacer eso. Pero hoy es un día para las excepciones, así que acepto. Adune acepta mi ayuda para caminar pues le cuesta moverse. Yo trato de amenizar la caminata con un sinfín de palabrería técnica acerca de construcciones de naves. De derivación de estructuras e ingeniería de motores cuánticos. Le hablo de todo y cuanto he aplicado a la nave. Incluso de mis dudas acerca del resultado final. Solo me falta hablarle de si me gustan los días de lluvia. No. No me gustan. Y además, ya ni siquiera recuerdo cómo es la lluvia de verdad.

— Es extraordinario —dice justo desde el epicentro de la nave, lugar que ya había acondicionado como sala de partos.

— No es tan impresionante. La distribución desde aquí se basa en niveles que se irán haciendo accesibles para el Eterno conforme a su crecimiento. Este lugar servirá como núcleo y está especialmente diseñado para contener la fuerza primeriza del recién nacido. Por supuesto todo se activará cuando estés fuera de peligro.

Entonces me alcanza una mirada de Adune que no comprendo.

— ¿No lo sabes, verdad? —niego con la cabeza—. No voy a salir de aquí con vida Erika. Ninguna madre ha sobrevivido a un parto de un Eterno. Nosotras estamos destinadas a darles una vida que no pueden concederse ellos mismos, y también a ser las primeras en contener su fuerza.

— ¿Qué? —grito indignada—. ¿Cómo puedes haberte presentado voluntaria sabiendo eso?

— Porque estaba sola, Erika. Todos los que alguna vez amé o formaron parte de mi vida murieron dejándome vacía por dentro. Incapaz de sentir. Viviendo únicamente por inercia. Pero cuando ellos me ofrecieron esto también me ofrecieron un sentido para mi vida. Desde el día que este pequeño brotó en mi interior no he estado sola. Ya nada me aflige el corazón. Ya nada hace peligrar mi alma. Desde ese día solo he conocido la felicidad —baja la cabeza para mirar su vientre—. Desde ese día solo he vivido para proporcionarle lo que yo más deseaba para mí. Para darle esperanza, seguridad... y amor.

— Eres idiota, Adune —escupo lo que menos se merece—. Yo también estoy sola, ¿sabes? Y puede que jamás sea capaz de retomar un contacto social propiamente dicho, pero nunca me sacrificaría de esa manera. ¿Qué crees que pensará el crío cuando descubra lo que te hizo?

— Lo aceptará igual que yo lo acepté a él —contesta sin una pizca de enfado—. Además, Erika tú no estás sola en absoluto.

— Los robots no cuentan.

— No me estoy refiriendo a los robots. Me refero a Robert. ¿De quién crees que ha estado hablando todo el trayecto hasta aquí? —niego con la cabeza pues no quiero oírlo. Ella continúa de todos modos—. De ti. Y he visto cómo te ha mirado nada más bajar de la nave. No, Erika. Tú no estás sola en el universo. Tan solo ciega. Tal vez por eso la nave aún no está completa. Tal vez por eso no...

Las palabras de Adune se cortan de raíz y cae de rodillas aferrándose el vientre. Yo salto en su ayuda al instante sin saber siquiera si puedo serle de asistencia. Y cuando me percató sobre lo que me he parado se que este no es mi lugar.

— Has... has roto aguas —digo con más miedo del que he tenido en mi vida— ¡Pero es demasiado pronto!

— Creo que la vida no entiende de horarios, Erika. ¡Ah! —la segunda contracción le arrebató el color del rostro—

¡Ya viene!

— Pero la nave... la nave no está lista.

— Él sí lo está, Erika —me susurra con las exiguas fuerzas que le quedan—. Ahora temo que cada una tiene que hacer lo que ha de hacer. Sal de aquí ahora. Creo que puedo hacer el resto yo sola.

— ¿Pero qué se supone que he de hacer? —le ruego desesperada.

— Eso tendrás que resolverlo tú misma ¡Aaaaaaaaah! —grita con la siguiente contracción que parece querer partirla en dos—. ¡Vete, ya!

Eso hago. No sin antes dejarla atendida por los robots médicos, los cuales me indican a través de sus sensores que el parto es inminente. Deambulo por la nave llamando a todos los robots al trabajo. Dando órdenes. Encomendando milagros a los seres que ya son unos milagros en sí. Y aceptando que no voy a llegar a tiempo. Si hubiese tenido un día más y un estado anímico normal y no la avalancha de miedo, nervios y rabia que me invade, lo hubiese logrado. Pero así no lo lograré. Es imposible. Y cuando ese pensamiento me drena hasta la última gota de mi fuerza me derrumbo en el centro de la sala de mandos. Desde aquí puedo contemplar perfectamente el espacio. Negro. Insondable. Cruel. Un espacio que aquel Eterno no conocería. Del que no podría formar parte. Y todo por mi culpa. Por no haber sabido alcanzar la perfección a tiempo. Por no ser perfecta.

— ¡Pelirroja! —grazna mi comunicador con la voz de Robert—. ¿Dónde diablos estáis?

— Estamos en la nave, Robert —contesto—. Adune va a tener el bebé.

— ¿Ya? Pero si todavía no le tocaba.

— Mira, justo lo que le acabo de decir. Y dime, ¿qué problema tienes?

— Uno del tamaño de un misil interplanetario que acaba de atravesar la Nube Magallánica.

Aquello me saca como una bofetada de mi sopor. Me levanto como un resorte y activo los escáneres de la nave. Allí está. Inmenso y mortal. Apuñalando el espacio a toda velocidad un enorme misil interplanetario. Y su objetivo no es otro que la Temperley y la nave del Eterno. Aquello completa mi derrota. Lo único que espero es que la explosión borre todo recuerdo que el universo pueda tener de mí. Lo que no espero es la maniobra de Robert que coloca su nave en la trayectoria del misil.

— Prométeme que no te vas a enfadar conmigo... Erika.

Cuando dice mi nombre sé que va a hacer una estupidez. La única que podía hacer y que yo no podía evitar. Así que me prometo a mí misma no hacerlo.

— Puedo... ¿puedo al menos llorar? —gimo arrodillada y abrazándome a mí misma.

— Claro. Yo lo estoy haciendo ahora mismo — aquella confesión me arranca las ganas de seguir viviendo un segundo más. Pero lo siguiente que dice me devuelve la vida y la esperanza—. No dejes que ese crío muera. La vida es un regalo frágil que no podemos mantener para siempre. Pero es el mejor regalo que podemos hacer. Así que no permitas que tu regalo se malgaste. No permitas que ese Eterno no viva para conocer a gente tan maravillosa como tú. Yo... yo siempre te he quer...

La explosión me lo arrebató igual que las palabras que tanto había deseado escuchar de su boca. Y aunque la explosión es cegadora no dejo de mirarla ni un momento. Aguanto hasta que la luz desaparece. Hasta que su luz se desvanece para unirse al infinito universo. Desearía que no hubiese hecho aquello. Así no me resultaría tan sencillo tomar la decisión que estoy a punto de tomar.

— ¡Qué haces todavía aquí, Erika! —grita Adune a mi imagen holográfica que proyecto en la sala de partos.

— Me quedo. Voy a terminar la nave.

— No puedes quedarte, cariño —me llama como si fuera la niña asustada que en realidad soy—. Si lo haces él te consumirá también tarde o temprano. No va a poder evitarlo.

— Acabo de desacoplar la nave de la Temperley. Ya no hay vuelta atrás. Además cuando ese momento llegue yo misma le abriré la puerta. Pero no voy a marcharme dejándote sola para morir con él porque tenías razón. Nunca hemos estado solas. Y él tampoco lo estará, jamás.

Lo último que recuerdo de ella es su sonrisa justo un instante antes que la luz inundase toda la cámara y yo tuviese que sellar el núcleo de la nave para contener al Eterno. Ahora, mientras repaso personalmente los trabajos que he efectuado con mis robots la última semana, me doy cuenta de que jamás conseguiré una nave perfecta. Había dejado a demasiada gente sufrir y morir por ella. Y la perfección no es eso. Aunque la vida tampoco lo es. Al final de todo, lo único a lo que puedes aspirar es a vivir las cosas de la mejor manera que sepas vivirlas. Se lo repito todas las noches antes de acostarme. Ojalá me escuche. Porque creo que es lo único valioso que podré legarle cuando me consuma. Ojalá escuche a su madre.

EL CUENTO MÁS IMPORTANTE

Andrés Francisco Rodríguez Blanco

El 18 de marzo de 2008 Arthur fue hacia la luz. Según iba saliendo del largo túnel vio al final la figura de una silueta. Esperándole, supuso. Cuando todo fue blancura a su alrededor la figura se acercó y le dijo amablemente: “Acompáñeme, por favor”. Y así lo hizo sin decir nada.

Desde el mismo momento en que se vio en el túnel y tras superar la impresión del tránsito, su mente racional aumentó la expectación ante los próximos acontecimientos. Almacenar, analizar, reflexionar... El hábito científico de tantos años seguía vivo en él. También el de narrador. “No creo que tenga ya ocasión de contar nada”, pensó, “así que esta vez me parece que yo seré uno de los personajes de la historia. Aunque, ¿quién se encargará de contarla?”

Observó mientras andaban. Todo era nebuloso a su alrededor y no podía distinguirse nada a más distancia de un par de metros pero, curiosamente, a su paso se iban formando perfiles, paredes, objetos algo más sólidos que el tejido de nube que todo lo envolvía. Como si las dos figuras fueran el desencadenante de un encadenamiento molecular. Giró la cabeza. La leve concreción del pasillo por el que se movían volvía a lo difuso según lo iban dejando atrás. Y qué decir de la figura que le precedía. Antropomorfa en la silueta, sí, pero sin vestigio de ropa alguna y sin definición de músculos, vello, arrugas... Y lo que podía suponerse carne

era algo semigaseoso, semilíquido, con cierto brillo plateado. Pero todo lleno de armonía en su aspecto y movimientos. Tampoco pudo concretar si era hombre o mujer. Bueno... masculino o femenino. ¿Un ángel, quizás?

Aunque en sus historias había viajado de manera ingente por la imaginación, Arthur aún guardaba en su corazón lugar para la sorpresa. También para la curiosidad y la impaciencia. Así que no pudo esperar más y preguntó:

— Perdone. ¿Es esto lo que se conoce como cielo, limbo o algo así?

Su acompañante sonrió y se situó junto a él.

— No exactamente. Es una cuestión de dimensiones. Usted debe desabergar algo sobre ello, aunque sea extremadamente difícil para cualquier ser pensar en coordenadas distintas de las que componen su estructura físico-mental.

— Me pilló usted. Las hipótesis de lo extraño nunca han sido lo mío. Toda mi imaginación, la que he utilizado para contar historias y escribir mis libros, proviene de fundamentos científicos, esos que antes o después, aunque sean cientos o miles de años, serán medibles y comprobables.

La figura volvió a sonreír, pero no dijo nada más.

Arthur no se rindió. Reaparecía su espíritu científico, el que le había llevado a mantener encendidas y largas discusiones y controversias con sus colegas. Cómo había echado de menos los últimos años a su viejo amigo Isaac. Insistió:

— ¿Y si le hablo de universos paralelos, me estoy aproximando más?

— No se preocupe. Quizá lo entienda mejor cuando hable con la Voz.

— ¿La Voz? ¿Se refiere a Dios?

Arthur pensó que su acompañante había estado a punto de soltar una carcajada. Pero en vez de eso habló suavemente.

— No como ustedes lo ven, pero algo parecido. La Voz le explicará por qué está usted aquí. Algo en su vida ha dado lugar a un asunto que ha quedado pendiente, y debe resolverlo antes del siguiente paso. ¡Hemos llegado!

Arthur se vio frente a una puerta, que traspasó a indicación de su acompañante. Realmente no es que esperara una sala inmensa, con coros celestiales y formaciones de ángeles y arcángeles, pero aun así se sorprendió de lo reducido del espacio en que entró y de lo “vulgar” de la apariencia de aquel —o aquella: tampoco estaba seguro— que debía de ser “la Voz”. Apariencia “vulgar”, desde luego, en relación con la primera figura que le había acompañado desde el túnel hasta allí.

— ¿Cómo se siente, Arthur? —dijo la Voz—. ¿Esperaba usted algo como... esto?

Aquella voz le llegó nítida y a la vez con una suavidad extrema. Y no solo eso: era como si aquel sonido traspasara las fibras de su ser, las fibras o lo que fuera que ahora lo conformara.

— Me siento, sobre todo, expectante. No tenía ninguna seguridad de que tras mi muerte fuera a seguir teniendo conciencia de mí mismo.

— Lo que ustedes llaman muerte no lo es en términos absolutos. Todo es algo más complejo que las distintas concepciones cosmogónicas que circulan en su mundo. Pero esas concepciones también tienen puntos próximos a lo que llamaré, para que lo entienda fácilmente, el universo global. O multiverso, si lo prefiere.

— O sea, que hay muchos universos paralelos...

— Precisamente paralelos, no. Son tangentes, se entrecruzan, conectan y contactan entre sí de alguna forma, aunque esa forma sea remota y ocasional.

— ¡Claro, eso explicaría la cuestión de los fantasmas y espíritus...! —Arthur comenzaba a disfrutar con su situación—. Entonces, las ecuaciones que formuló...

— Olvídense de fórmulas y ecuaciones —le interrumpió con calma la Voz—. Los puentes de contacto entre universos, las dimensiones, bastantes más que solo su espacio y su tiempo, no están sujetas a aritmética, física o geometría. Sustituya esos términos por acontecimiento, acto, coincidencia y trascendencia, en un significado mucho más amplio del que les dan ustedes y estará más cerca de entender el entretejido multicósmico.

Arthur multiplicó las coordenadas de su mente en un intento de aprehender las palabras que recibía.

— Pero ahora, todo eso es superfluo y tendrá tiempo de seguir rompiendo las limitaciones que incluso usted, en sus historias, había trazado. Ha de seguir su camino, pero antes debe resolver un asunto que un acto suyo, imaginando un acontecimiento y dándose por esa casualidad una coincidencia entre dos universos, ha dado lugar a una trascendencia sobre la que usted, origen de ella, debe tomar una decisión. El futuro de un mundo depende de usted.

— ¿Cómo es posible? —Arthur no había dudado ni un momento de las palabras de la Voz, y estaba asustado ante tal responsabilidad—. ¡Solo soy un simple humano! Un mundo no puede depender de mí.

— Nada es simple, nadie es simple. Todo es más complejo. En la conformación del multiverso hay muchos universos. Tienen su ciclo. Aparecen y desaparecen y no importa que desaparezcan. Lo que importa es el hecho de su existencia mientras son. No todos los universos alcanzan esa consciencia. Cuando lo hacen, digamos que avanzan un paso en la graduación de las esferas cósmicas. Yo, por ejemplo, mi raza, pertenecemos a un universo mucho más antiguo que el suyo y por eso ahora formamos parte de la semiordenación del universo global.

— ¿Semiordenación?

— Sí. Nada hay del todo ordenado o sujeto a un

designio único y final. Parcial, sí. Y es lo que ahora le incumbe. ¿Recuerda estas palabras, Arthur?: “Encima de ellos, en la paz de las alturas, las estrellas se apagaban una a una...”

— Sí, claro —Arthur sonrió. Era el final de uno de sus cuentos más eficaces.

— Cuando usted escribió esa historia estableció un nexo entre usted mismo y un universo que precisamente se regía por la idea general que usted había imaginado para el cuento: el cumplimiento de su destino a través de una labor trascendente. Su imaginación trascendió a una realidad plena, aunque no la de usted. En ese universo se han apagado casi todas las estrellas. De hecho, empezaron a apagarse en el momento en que usted escribió esas palabras que le he citado. Su “muerte” ha coincidido con las últimas estrellas que albergan vida. El lazo trascendente que se creó entre usted y ese universo le permite decidir qué ha de pasar. Puede dejar que llegue el final definitivo o escribir una nueva historia que reconduzca ese final y permita un nuevo curso a ese cosmos.

— ¿Y qué pasará conmigo?

— Tanto si escribe o no esa historia usted continuará su tránsito. Y no me pregunte: ni siquiera nosotros sabemos qué ocurre en el último paso.

Arthur C. Clarke, sintiéndose muy poderoso y muy humilde al mismo tiempo, decidió de inmediato ser padre —no hijo— de las estrellas. Sin dilación se dispuso a salvar un universo.

— Este sí que va a ser el cuento más importante de mi vida. O mejor dicho —y sonrió—, de mi muerte.

Nota: Arthur C. Clarke, conocido y excelente escritor de ciencia-ficción, murió el 18 de marzo de 2008. Este cuento se escribió a modo de homenaje.

ÚLTIMA VEZ

Juan Daniel Rodríguez Carrasco

Apenas si recordaba mi nombre.

Durante mucho tiempo mi vida había perdido totalmente su sentido, quizás, ni siquiera debía de llamarse vida a aquello de lo que yo disfrutaba.

Una mañana, tranquila y rutinaria como todas las mañanas de verano de mi vida, noté algo extraño, algo a lo que no le di importancia hasta más tarde, el desayuno no me había sabido a nada, ni el pan, ni la leche, pareciera que hubiera perdido el sentido del gusto. Más tarde el agua, el azúcar, la sal, la carne, nada.

Quise seguir mi vida normal, saliendo con mis amigos, pero no pude, ni siquiera alcancé a salir de mi casa, un terrible sufrimiento interno me azotó cuando salí a la calle, un dolor indescriptible y desconocido para mí en ese momento. Nunca me había gustado el sol, mi piel blanca sufría fuertemente su influencia en verano, pero no, aquello fue diferente, extraño. Sentí miedo, mucho miedo, pero no había hecho más que comenzar.

Y así fueron pasando los días y los síntomas iban a peor.

Estaba enfermo. Nadie sabía de qué, pero estaba enfermo, me moría, no podía comer, no sentía nada, la luz de la calle me molestaba y tenía que encerrarme en mi habitación y dormía, dormía muchísimo, lo único que quería era dormir y olvidar aquella pesadilla.

Y ya no salía de la cama y aunque seguía comiendo, no sentía nada. Y aun haciendo fuera una temperatura de cuarenta grados centígrados tenía frío.

Una tarde o una mañana, no lo recuerdo, empecé a oír voces, no sabía de dónde venían, tampoco conocía de quién eran aquellas voces, no sabía si dormía o estaba despierto, pero hablaban de mí o eso creía yo, a veces pronunciaban mi nombre o simplemente reían, también lloraban y yo no lo podía soportar; llenaban mi cabeza con sus voces, me dolía, sentía tanta o más presión como cuando una persona se sumerge repentinamente en el agua para resurgir instantes después. Y nada me aliviaba, solo dormir.

Pero esto no fue lo único que me hacía perder la razón... Los olores, primero unos pocos, luego muchos y no más tarde, cientos. Cuantos más sentía, más intensa era la sensación y, aunque al principio pudiera resultar agradable, aquello era cada vez más fuerte y más extraño porque todos esos olores empezaron a convertirse en uno.

No me fue fácil de discernir y no podía ser lo que empecé a creer; era sangre, olor a sangre, dulce y amargo a la vez, terrible.

Y mis tripas empezaron a sonar.

Desde ese momento mi situación fue cada vez a peor. Cuando comía, ya no solo no me sabía a nada sino que comer era para mí innecesario, mi estómago continuaba igual de hambriento y rugía como un león comiera lo que comiera. No podía más.

Quería salir corriendo, huir a cualquier parte, pero la última vez que había salido a la calle había sentido un dolor insoportable y estremecedor aunque yo tenía que probar, tenía que salir y espantar aquello que empezaba a creer que me pasaba.

Era temprano, no creo que hiciera mucho rato que el sol acabase de salir, a esa hora no habría demasiada gente por

la calle, como mucho, algún barrendero o aquellas personas que madrugaban y salían temprano para ir a su trabajo. Me vestí con pantalones largos, una sudadera con capucha y gafas de sol. Seguramente pasaría calor y la gente me miraría extrañada, pero lo hacía por precaución. Bajé por las escaleras para no llamar la atención y llegué al portal.

Cuando giré hacia la derecha para encaminarme hacia la puerta, unos suaves rayos de sol entraban por los cristales del portón, pero fue suficiente, en cuanto el primer rayo cubrió mi mano derecha volví a sentir el mismo dolor insoportable de aquel día, pero tenía que seguir, comprobar hasta dónde llegaba. Y bien que lo hice, mi mano se enrojeció y una ampolla surgió en ella a los pocos segundos, me quemaba.

Corrí de nuevo hacía la sombra y ahugué un grito de dolor para que mis vecinos no pudieran oírlo. Subí rápidamente a casa y me encerré en mi habitación y lloré, lloré hasta que no me quedaron más lágrimas.

Pasaron las horas y los días y me negaba a ver a nadie. No quería ver a nadie ni escuchar a nadie, solo quería descansar, solo quería descansar para siempre. Pero en el fondo de mi corazón sabía lo que me estaba ocurriendo, no podía creerlo, no podía aceptarlo. Así que esperé a que llegara la noche e hice lo mismo que había hecho aquel día, pero bajo las estrellas.

Cuando llegué al portal volví a tener miedo, recordaba lo que me había ocurrido aquella última mañana en la que intenté salir, pero esta vez saldría a la calle, el sol no estaba, solo la luz artificial de las farolas.

Decidido salí a la calle y esta vez, para bien, no sentí nada, era una noche más, como otra cualquiera de mi vida, incluso agradable por la ligera brisa que corría a esa hora.

Reí mientras me daba cuenta de que al final mis más lúgubres pensamientos tenían razón y lloré cuando descubrí lo que era ahora.

Abandoné a paso ligero mi barrio hasta llegar al paseo marítimo y eché a correr por la playa, más rápido que nunca lo había hecho, sentí la brisa marina en el rostro, el olor de la arena y el sonido del chapoteo de los peces en el mar como nunca hasta ese momento. Era maravilloso.

Pero a pesar de pasar algunas horas corriendo y caminando me noté cansado y tenía hambre. Solo había una cosa que parecía haber despertado mi instinto, cuyo olor había afectado a mis tripas, aunque la sola idea de pensarlo me revolvió por dentro, no me quedaba otra, tenía que probar, una vez más.

Salí de la playa y me adentré en el centro de la ciudad. Dí bandazos por doquier buscando una fuente de alimento que no me diera demasiados problemas ni demasiados remordimientos, quizás un gato, un perro, pero parecía que por obra de algún espíritu travieso habían sido borrados de la faz de la Tierra.

Finalmente, al cruzar una esquina que daba a la puerta principal de una iglesia, me topé con una pareja de jóvenes que se entretenía entre besos y arrumacos, y si yo no hubiera llegado quizás algo más. Me detuve entre las sombras de un portal cercano y observé.

Pasaron los segundos, los minutos, el mundo parecía haberse parado para mí y un instinto animal recorría mi cuerpo y poseía mi mente. Me acerqué lentamente, pero con firmeza, y me coloqué justo detrás de la chica, que me daba la espalda. Él me miró y me preguntó qué hacía allí. Sin mediar palabra golpeé fuertemente a la chica con un puñetazo seco en la mandíbula dejándola inconsciente. El muchacho se abalanzó sobre mí hecho una furia y trató de golpearme, consiguiéndolo en un par de ocasiones, pero sin causar el menor daño. Caímos al suelo, forcejamos, le golpeé dos veces y le agarré por el cuello. Se lo partí.

Por un momento me pregunté qué acababa de hacer, pero no tardó mucho en aparecer en mí ese nuevo instinto y acepté que no había otro remedio si quería seguir viviendo o, al menos, algo parecido.

Sin pensarlo mucho más me agaché, agarré la cabeza del muchacho que acababa de matar y mordí su cuello con una mezcla de asco y desesperación. El sabor y la sensación que descubrí a continuación eran nuevos para mí. Probar esa sangre fue como beber el mejor de los vinos de una cosecha añeja o probar tu plato favorito que tu madre solo prepara para las fiestas de Navidad. Era insaciable y además, sentí cómo recobraba mis fuerzas, ¿solo recobrar? ¡No, me sentía más fuerte y poderoso que nunca!

Tras un largo rato, no sé cuánto, dejé de beber y me disponía a dejar el lugar cuando me percaté de la muchacha inconsciente. No podía dejarla allí, me había visto, aunque quizás no se hubiera percatado de mi rostro por lo rápido de la situación. Por un momento pensé en hacer lo mismo que con su novio, amigo o lo que fuera, pensé incluso en violarla, pero no fui capaz y salí corriendo del lugar, bastante había tenido por aquella noche.

Qué hacer ahora fue mi primer pensamiento.

Estaba claro que no podía volver a casa, pero antes de que saliera el sol, o al menos, eso pensaba, tenía que ocultarme o sufriría, mucho. Pensé algún lugar y vino a mi mente una antigua fábrica donde se trabajaba con plomo, abandonada cerca de la playa.

Ahí me dirigí rápidamente y me oculté en el lugar más hondo y oscuro que pude encontrar. Me senté en el suelo, estaba cansado, me dormí.

Cuando desperté aún no se había escondido el sol, así, no me quedó más remedio que esperar un rato más. Llegada la noche salí de la fábrica.

Había estado pensando en acondicionar un poco el lugar que posiblemente sería mi hogar durante un largo tiempo. Iría a mi casa y cogería aquello que me fuera necesario para poder acondicionar el lugar.

Llegué bien entrada la noche, mi cuarto estaba totalmente patas arriba. Podía intuir preocupación y tensión en el rostro de mis padres cuando entré a su habitación, aunque ellos dormían. No volvería a hablar más con ellos, no sabrían qué habría sido de su hijo, pero yo nunca dejaría de ir a visitarles mientras se mantuvieran en mi recuerdo.

Salí de su habitación y me dirigí a la mía para hacerme con algo de dinero y de ropa. Sé que sabrían que había estado allí, pero al menos sabrían que estaba vivo.

Salí de allí diligentemente hacia la fábrica para acondicionar el lugar donde me quedaría y más tarde iría a ver de nuevo la ciudad por la noche.

Me pregunté qué habría pasado con la chica que estaba con el muchacho que fue mi primera “víctima”, la primera de muchas, aquí en mi ciudad y en otras que visité colándome como polizón en barcos mercantes y cruceros. Cada vez que esto fue ocurriendo me era más fácil y cada vez sentía menos remordimientos por hacerlo hasta llegar a un punto en que era la misma rutina que cuando comía en mi anterior vida.

Llevé una vida de soledad excepto en algunos de los cruceros, donde hacía lo posible por seducir a mujeres que no viajaran acompañadas por ningún hombre, o bares masificados de la ciudad donde pasaba desapercibido sin ningún problema. Solo no estaba solo cuando visitaba a mis padres.

Al principio, cuando les veía dormir o les observaba desde fuera, veía su tristeza, su pena. Sé que nunca dejaron de buscarme, pero conforme pasaba el tiempo la búsqueda se fue relajando, se fueron haciendo mayores; estaban cansados.

Vi perder a mi padre todo su pelo, vi a mi madre perder su color rubio y volverse completamente cano. Sé que

uno de los dos estuvo enfermo, en el hospital, pero volvió varias semanas después.

Mis padres se hacían viejos y yo seguía igual.

Y un día, mi padre murió, solo pude ir a llorarle una noche que pude colarme en el cementerio municipal. Mi madre se había quedado sola y yo no podía hacer nada, solo observar, cuidar de ella desde fuera.

Mientras perdía mi humanidad cada vez más, tomé una decisión, cuando mi madre dejara este mundo yo me iría con ella y volveríamos a encontrarnos.

Y ese día llegó cuando ya apenas recordaba mi nombre.

Solo quedaba una cosa por hacer, verlo por última vez. Me pase por mi ciudad una última vez, entré en mi casa y me tendí en mi cama, que aún seguía como estaba en los buenos tiempos, una última vez. Paseé por la playa una última vez, hasta que horas después me senté en la arena, tranquilo, relajado, a esperar el amanecer, el sol de la mañana.

Los primeros rayos empezaron a llegar, no me alcanzaron rápidamente, la brisa del mar mecía mis cabellos igual que refrescaba mi rostro. Cuando el primer rayo me alcanzó sentí las primeras punzadas, el dolor, pero me calmé, ahora no había vuelta atrás, no habría miedo. Olor a humo y carne quemada llegó hasta mi olfato. Abrí los ojos, sonreí, y miré al sol por última vez.

DESORIENTADOS

David Romero Pacheco

Lo primero que recuerdo es la sensación de las gotas de agua resbalando por el contorno de mis ojos. Era un atardecer lluvioso y sombrío. Ese fue el día en que abrí los ojos sin saber dónde me encontraba. El primero que recuerdo, que ahora incluso extraño y añoro al no haber acontecido todavía nada que enturbiara mi mente.

Me dolía la cabeza y sentía un frío sobrecogedor. Tras ser consciente de mí, tardé varios segundos en notar que tenía los párpados elevados, pero la oscuridad que me envolvía llenaba todo el espacio y me impedía ver nada. Forcé la capacidad de enfoque de mis cristalinios tanto como me fue posible. Pretendía discernir el mínimo detalle que me diera información sobre aquel lugar. Intenté levantar mis piernas pero debían de estar agarrotadas y no parecían querer responder al impulso nervioso que generaban mis neuronas. Cuando conseguí moverme, cada una de mis extremidades rozaba con una superficie dura y húmeda. Mis oídos empezaron a despertar y desde el silencio empezó a llegarme un susurro lejano. No recordaba dónde me encontraba, pero al menos empezaba a sentirme vivo y consciente de la situación. Avancé palpando cada centímetro de aquella fría y acuosa superficie. Según pude ver a través del tacto me encontraba en un espacio muy estrecho. Por un momento me sentí perdido, enterrado

vivo. Mis pulmones olvidaron tomar aire y aquel empezó a faltarme. No había conseguido despertar, y con ello ser consciente de mi existencia, para rendirme. Al girar el cuello me pareció discernir algo diferente a aquella oscuridad. Había algo distinto a la negrura espesa que me rodeaba, pero que poco a poco conforme avanzaba hacia ella pareció ampliarse. Alcanzó el tamaño suficiente como para definirse en mi mente como una posible entrada o salida. Por ahí podría salir de aquel agujero, aunque me dejara parte de mi piel adherida a aquellas paredes. Una brisa de aire proveniente de la apertura me hizo tranquilizarme, apenas en unos minutos estaría lejos de aquel tormento.

Un miedo diferente empezó a recorrer ahora mis sentidos, el miedo hacia lo nuevo y desconocido. Al asomar la cabeza por la abertura, la luz que me había conducido fuera del laberinto me cegó durante unos segundos. Miré hacia arriba y contemplé una esfera brillante suspendida en el cielo. A mi alrededor se extendían en todas direcciones columnas descomunales cubiertas con algún tipo de material verdoso. No conocía el lugar, ni el tiempo en el que me encontraba. Avancé a través de aquel denso entramado adentrándome entre las columnas. Una vez inmerso por completo en la espesura, la luz como la temperatura descendieron, y la humedad del aire se acrecentó hasta el punto de volverse líquida en mi piel con el simple roce del aire que la contenía. Intenté recordar algo, alguna idea o pista que me ayudara a elegir el camino. De repente sentí, oí, o vi algo, o todo a la vez. Ni siquiera llegó a conformar un recuerdo como tal, pero sentí como un cosquilleo provocado por algo o alguien de otro tiempo. Alguien perteneciente a una situación ya acontecida, o quizás de un futuro aún por producirse, como una premonición que esperase tener lugar para así dejar de serlo. Esa sensación consiguió generarme algo de esperanza a seguir avanzando, un objetivo que perseguir y con ello seguir despierto y buscando.

Llevaba un tiempo avanzando cuando algo se movió a mí alrededor. No parecía estar muy lejos, pero no conseguía distinguir la procedencia del sonido. Tras varias columnas, distinguí una silueta entre las sombras. Era algo más joven que yo. Parecía muy cansado. No sabía nada de él, de dónde venía, adónde iba, que intenciones podría tener. Podía permanecer oculto, dejar que el joven pasase de largo y desapareciera en la espesura como si nunca lo hubiera visto, y así continuar solo. O podía salir a su encuentro y añadirlo a la ecuación, lo que generaría infinidad de posibles consecuencias. Podría ser un individuo también perdido que vería en mí un apoyo al igual que yo en él. Sería un posible amigo, alguien con quien compartir incertidumbres, añoranzas o preguntas, o por otro lado, ser un ladrón, un asesino, alguien que buscara una víctima en aquel mundo desconocido. Cuando conseguí distinguir bien su cuerpo y su rostro me percaté de su extrema delgadez, de su estado demacrado y fatigoso, lleno de arañazos y moratones por todos los flancos y extremidades, y un rostro abatido, sin fuerzas, desorientado. Sin darme tiempo a defenderme, mi mente ya lo veía con buenos ojos. Su aspecto, imagen especular del mío, y su situación nos unía. La inocencia perdurada en su rostro, quizás por su juventud aún prolongada, fue lo que me hizo decidirme a salir de mi escondite. Me incorporé tras la columna que me ocultaba y fui arrastrándome despacio al ángulo en el que este nuevo ejemplar, al volverse, pudiera ver generada la imagen de mi figura en su retina. Al tiempo que me iba descubriendo intenté pronunciar palabras tranquilizadoras con la intención de disminuir su miedo, y con ello su agresión ante la sorpresa.

— ¿Ho?, ¿hola? —fue la primera palabra que con carraspeo y picor consiguió salir de mi garganta. Se trataba de la primera palabra que pronunciaba desde mi despertar.

— ¡Eh!, ¿quién anda ahí?, ¿quién eres? —dijo el muchacho apresuradamente mientras se escondía.

— No puedo decirte quién soy, pues aún no lo he averiguado. Solo pretendo conocerte —dije mientras me acercaba en posición conciliadora.

— ¿Dónde vas? ¿Por qué estás aquí?

— Solo puedo decirte que como he podido figurarme por tu aspecto físico, y al parecer psicológico, te encuentras perdido y posiblemente desorientado como yo.

— ¿Te diriges a algún lugar conocido?

— No exactamente, he tenido una corazonada y voy en aquella dirección —le dije señalando hacia el oeste.

Al parecer nuestras dudas compartidas dotaron al joven de cierta confianza, o simplemente era la ausencia de opciones lo que le hizo salir y dirigirse hacia mí.

— ¿Por qué hacia el oeste?

— Sentí algo, y ciertas imágenes aparecieron en mi mente. Ellas se encuentran en esa dirección, ¿tienes alguna idea mejor?

— No. Desperté ausente. Me encontraba dolorido y mareado, cubierto de una sustancia húmeda y pegajosa.

— En mi caso desperté en el interior de una gruta, en aquella dirección —señalé hacia la dirección donde, me parecía una eternidad, había dejado atrás mi tumba protectora.

— Sí, yo vengo de la misma zona. ¿Puedo confiar en ti?

— No lo sabes, ni siquiera yo lo sé.

— ¿Te importa que te acompañe?

— En absoluto. Ambos agradeceremos la compañía del otro.

Caminar con alguien al lado era algo nuevo para mí, extraño, y agradable a la vez. Caminamos en silencio, estudiando el uno cada movimiento del otro, observándonos al tiempo que avanzábamos. Tras un tiempo, la luz empezó a cambiar, a disminuir de intensidad apagando los colores

de aquel paraje. La noche estaba anunciando su misteriosa llegada. Empecé a temer por lo que más nos aterra, y es lo que aún no tiene forma, lo desconocido o ignorado, cuya mera opción es suficiente para asustarnos. Apenas podía distinguir la figura de mi compañero avanzando a escasos metros de mí. La monotonía del entorno generaba un espacio carente de irregularidades que pudieran acogernos. Como nos habíamos temido la noche descendió, y nos inundó por completo dejándonos a ciegas en aquel mundo desconocido.

— ¿Has recordado algo de tu otra vida?

— No, es como si no hubiera un antes.

— El flash que sentí me hace pensar en la posibilidad de que hubo algo, o alguien, hace mucho, o quizás no tanto. Algo o alguien que me hace sentir atraído hacia él o ella, como si el único objetivo del despertar fuera encontrarle.

— Ahora que lo dices a mí también me envuelve una idea vaga pero que va tomando forma, una idea de tranquilidad al sentir que hay algo en la dirección que tomamos.

— Calla.

— ¿También lo has oído?

Agucé el oído y confirmé nuestras sospechas, algo se movía allá afuera. Lo que fuera parecía pertenecer a dicho mundo, pues sus movimientos casi no transmitían sonido, solo un ligero y sutil roce de su cuerpo al avanzar entre la maleza. Empezamos a alejarnos torpemente, sin saber hacia dónde. Tras un tiempo eterno de avance a ciegas, me percaté de que la noche llegaba a su fin, y las columnas empezaban a dibujarse dispersas entre las sombras que nos envolvían.

— Sigue caminando, en un rato podremos ver algo.

Pero entonces el ruido que nos había estado siguiendo se detuvo en seco, y algo saltó sobre nosotros. Tropecé y caí al suelo sin conseguir ver lo que nos había atacado. Aturdido levanté la cabeza intentando distinguir algo entre la penumbra.

— ¿Estás bien? —grité sin obtener respuesta.

Me incorporé y lo vi corriendo hacia mí. Me volví y corrí en la dirección contraria. Su altura era descomunal, unos ojos sedientos me miraban fijamente. Sus colmillos sobresalían del extremo de su enorme hocico. Empezaba a estar exhausto, ya no podía seguir corriendo. Pensé en rendirme cuando de repente me sentí ingrátido. Estaba cayendo hacia una superficie de agua que me envolvió por completo. El contacto frío con el agua me hizo coger fuerzas. Nadé al otro extremo desde donde pude observar el hocico de la criatura entre una bruma blanca y espesa. Escrutó el horizonte en mi búsqueda, y al verme ausente, se dio la vuelta y desapareció entre la niebla.

Flotaba fácilmente en la superficie y me sentía seguro y a salvo. De repente la vi de nuevo en mi mente, sonriendo, jugando en el agua, sumergiéndose mientras me miraba con la intención de que la persiguiera bajo el agua. Cada vez estaba más seguro de que ella existía. Me interné de nuevo en el bosque. Oí algo en la dirección en la que se inició la persecución. Me agaché a esperar, y entre las columnas se dibujó la pequeña figura de mi compañero, y parecía estar bien.

Tras medio día avanzando de nuevo juntos divisamos un extraño claro sin columnas, tras el cual se alzaba de nuevo exuberante y acogedor un nuevo paraje interrumpido por aquella extensión de terreno desnudo. Al salir a este, nos percatamos de que la esfera se había ocultado tras negras nubes. Empezó a caer agua del cielo sobre nuestras cabezas. Miramos a cada lado, pero la ruptura iba hasta donde alcanzaba la vista. Si queríamos seguir avanzando debíamos seguir en aquella dirección, atravesar el claro e internarnos de nuevo en la espesura. La lluvia se había intensificado aún más. Sin saber por qué, aquella lluvia me hacía sentir bien y relajado. Apenas veíamos el inicio de las nuevas columnas, la distancia entre ambos extremos parecía acrecentarse con nuestro avance.

El terreno que pisábamos era amarillento y pedregoso. No era fácil avanzar cansados, con los pies descarnados y la piel sintiendo cada roce. Faltaban unos metros para el final del camino. Cuando de repente el suelo comenzó a temblar bajo nuestros pies.

— ¡Corre, ya casi estamos!

El temblor aumentaba desequilibrando nuestros pasos, entonces una figura apareció tras la cortina de agua. Esa figura era diferente a todo lo ni siquiera imaginado. Su altura superaba la de cualquier criatura, y unos enormes ojos brillantes nos cegaron con una luz azul líquida que atravesaba y se desfiguraba a través de cada gota de agua. El tiempo se detuvo, unas extrañas protuberancias negras como la noche se dibujaron bajo su cuerpo metálico. Estas giraban a una velocidad vertiginosa y venían directamente hacia nosotros.

— ¡Nos atrapa! —gritó el joven.

Entonces salté con toda la fuerza que me quedaba empujando al joven hacia delante. Tras el salto todo se oscureció ante mí.

— ¿Qué has hecho? —reprochó una bonita muchacha mirando a su acompañante.

— Lo siento, no los había visto —dijo el conductor del vehículo.

— Te dije que respetaras la velocidad límite del parque. Siempre se cruzan animales por esta carretera de montaña.

— Lo siento, los tritones aparecieron de repente...

— ¡No!, ¿por qué tuviste que empujarme? —dijo el joven mientras me tenía bajo sus verdosas extremidades. Ambos tendidos sobre aquella nueva tierra, al otro lado. Lo habíamos conseguido, habíamos cruzado.

— Sigue adelante. Sabes el camino aunque no lo recuerdas.

Observé cómo cristalinas lágrimas involuntarias resbalaban por su liso rostro. Es lo último que recuerdo con mi mente ahora enturbiada, apagándose y por ello dejando de ser.

Me alcé sobre mis cuatro patas, y sin fuerzas, sin ánimos decidí seguir adelante, adentrarme en el bosque y buscarla. Tras girar una inmensa roca, ante mí apareció una laguna llena de otros como yo, de ellos y de ellas. Entonces supe que aquel lugar era nuestro hogar, donde nacimos y nos reunimos con nuestras compañeras cada temporada. Y allí, sobre una piedra, estaba la compañera de mi desconocido amigo esperando a quien ya no llegaría.

